

Historia internacional: del fin de la guerra fría a la Segunda Guerra del Golfo

Marc Gil Garrusta

PID_00188615

Índice

Introducción.....	5
1. El fin de la Unión Soviética y el sueño de un nuevo orden mundial.....	7
2. Europa: unificación y desintegración.....	16
3. Oriente Próximo.....	31
3.1. Israel-Palestina. Esperanzas de reconciliación truncadas	31
3.2. El ascenso del Irán post-Jomeini	38
4. África: luces y sombras de un continente castigado.....	42
5. Asia: un equilibrio de fuerzas cambiante.....	50
5.1. Tensiones en Asia del Sur	57
6. El 11-S y la guerra global contra el terror.....	60
Bibliografía.....	67

Introducción

“El año 1989 divide el pasado del futuro casi con tanta claridad como el Muro de Berlín dividía el este del oeste”, escribía Robert Cooper, uno de los principales asesores en política exterior del primer ministro Tony Blair, un año después de la caída del Muro de Berlín.

Con esta afirmación quería remarcar la extraordinaria carga simbólica que había adquirido aquella fecha y aquel acontecimiento. La **caída del Muro de Berlín** significaba borrar la cicatriz más visible del enfrentamiento fratricida que significó la Segunda Guerra Mundial en Europa y abría las puertas, por fin, a la reconciliación entre las dos Europas, separadas, desde 1945, por aquel telón de acero que imaginó Winston Churchill. Pero además la caída del Muro simbolizó el fin del comunismo (a pesar de que su descomposición había empezado unos años antes y la certificación de su muerte se produciría unos años después) y con él, el **fin de la guerra fría**, entendida como el enfrentamiento de dos bloques irreconciliables liderados por las dos superpotencias resultantes de la Segunda Guerra Mundial, **Estados Unidos** y la **Unión Soviética**, que confrontaban dos cosmogonías antagónicas y con voluntad universalista.

El fin del orden bipolar, que había regido las relaciones internacionales desde la Segunda Guerra Mundial, dejaba un escenario nuevo, de transición hacia un nuevo orden todavía por definir, con **una sola superpotencia superviviente** sin enemigo real contra quien enfrentarse.

En **Europa**, pues, la caída del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, significó el primer paso hacia la unificación alemana y la profundización en la integración europea de los países de Europa occidental. También significaría un cambio sustancial en las relaciones con los países de la Europa del Este, que concluiría con la incorporación a la Unión Europea de los países del antiguo bloque comunista a partir del 2004. Por otro lado, la implosión soviética también provocaría un cambio sustancial en el mapa político europeo y mundial, con la desaparición de cuatro Estados soberanos europeos, entre ellos los dos últimos imperios multiétnicos de Europa (Unión Soviética y Yugoslavia).

Desde el punto de vista **global**, el fin del marco normativo que había regido las relaciones entre Estados durante casi cincuenta años provocó un extenso proceso de reajuste de intereses y de alianzas en todo el planeta. En algunos casos, el fin del orden bipolar ayudó a solucionar viejas disputas o conflictos de larga duración que habían sido sostenidos, en gran parte, por el apoyo logístico de una o las dos superpotencias, o bien que habían servido como co-rea de transmisión de los intereses geopolíticos de las grandes superpotencias en la periferia del sistema. En otros casos, en cambio, el fin de la guerra fría

supuso la reaparición de antiguos conflictos, de viejas disputas y rivalidades que tenían su origen en un tiempo lejano y que habían sido “congeladas” por una lógica superior, la bipolar, que sometía los intereses locales o regionales a los intereses globales de las dos superpotencias. En cualquier caso, en todo el mundo, viejas alianzas se rompieron, otras se reconsideraron, viejos enemigos se convirtieron en compañeros de viaje y viejos aliados empezaron a ser considerados sospechosos de perseguir intereses contrapuestos.

En paralelo a este proceso de reajuste geopolítico de los países de todo el mundo, se produjo la aceleración de otro proceso, el **globalizador**, que si bien se había iniciado en los años ochenta, se aceleró en la década de los noventa impulsado por la desaparición del bloque comunista y la progresiva permeabilidad de las fronteras en todo el mundo. De hecho, ambos procesos se han ido retroalimentando, condicionándose y modulándose mutuamente.

Es la globalización una de las principales responsables de la aparición de nuevos actores, que han desafiado el monopolio de poder de los Estados y que juegan sus intereses en el escenario internacional, así como de la emergencia de nuevas potencias que modifican la distribución del poder mundial y regional y, por lo tanto, la posición relativa de cada actor en el “juego” de las relaciones internacionales.

El poder se ha dispersado y se ha redistribuido, los intereses han cambiado, el escenario internacional se mueve y se reconfigura buscando un nuevo orden todavía por definir.

En este módulo, intentaremos recorrer los principales acontecimientos que han sucedido en torno a las relaciones internacionales desde el fin de la guerra fría. Intentaremos analizar cómo se han modificado los intereses y las alianzas en las diversas áreas geopolíticas del mundo, y trataremos de acercarnos, finalmente, a las principales problemáticas de seguridad y políticas, esto es, de poder, con que nos enfrentamos a inicios del siglo XXI.

1. El fin de la Unión Soviética y el sueño de un nuevo orden mundial

La implosión de la Unión Soviética fue una **extraordinaria sorpresa** para la totalidad de las cancillerías occidentales, así como para el mundo académico y los principales centros de búsqueda y análisis de las relaciones internacionales. Confortables en un mundo bipolar aparentemente solidificado, prácticamente ningún analista político ni diplomático internacional previó la desaparición del Imperio soviético¹. Todavía en los años ochenta, Henry Kissinger, antiguo asesor de seguridad nacional de Nixon y uno de los más influyentes analistas de la escena internacional, advertía en sus memorias, a quien quería escucharle, que había que aceptar “que la realidad del desafío comunista no tiene fin” y que, por lo tanto, habría que diseñar y orientar las futuras políticas bajo este premisa incontrovertible.

⁽¹⁾Solo Emanuele Todd lo había vaticinado con cierta precocidad en 1976 en la obra *La caída final: Ensayo sobre la descomposición de la esfera soviética*.

Quizás esta sorpresa, derivada de un escenario no previsto, nos permite comprender el sentimiento de euforia colectiva que se vivió en el mundo occidental a la estela de la caída de la Unión Soviética y el fin del orden bipolar, que daría lugar a un espejismo en el análisis y la comprensión de la escena internacional, que tardaría bastante tiempo en revisarse. Un espejismo basado en una lectura muy superficial del fin de la guerra antagónica entre los dos bloques, según la cual la defunción de la URSS significaba el fin de todos los problemas mundiales y el triunfo armónico de la opción ganadora, sin más problemas ni competidores. Con el tiempo, el escenario internacional nos mostraría que todo sería más complejo y conflictivo (Vilanova, 2006).

En la lógica de la guerra fría, la derrota del “imperio del mal” significaba la **última victoria del “mundo libre”** –empleando la exitosa dicotomía que ideó la Administración Reagan–, en su lucha por hacer prevalecer los valores y los derechos liberales en la escena internacional. Esta victoria posibilitaba retomar el camino iniciado después de cada una de las dos guerras mundiales, y dos veces interrumpido, para lograr un mundo regido por el derecho internacional donde el viejo sueño kantiano de una paz perpetua entre naciones libres e iguales, basado en la erradicación de la guerra como sistema de resolución de conflictos, fuera finalmente posible. Como George H. Bush afirmó ante el Congreso norteamericano el 6 de marzo de 1991:

“Dos veces antes en este siglo, el mundo entero fue sacudido por la guerra. Dos veces la esperanza de una paz duradera emergió de los horrores de la guerra. Dos veces antes, pareció que estas esperanzas eran un sueño huidizo, lejos del alcance de los hombres. Hasta ahora, el mundo que hemos conocido ha sido un mundo dividido... Ahora podemos ver la llegada de un nuevo mundo”.

Desde la perspectiva occidental, el fin de la Unión Soviética significaba el triunfo de Estados Unidos y de aquella cosmogonía que había liderado a lo largo de la guerra fría, cimentada en la democracia liberal, el estado de derecho y la economía de mercado.

En este escenario, el nuevo orden que tenía que sustituir el orden bipolar sería esculpido en función de los intereses de la única potencia con intereses y alcance globales superviviente de la confrontación bipolar. Para muchos, además, la caída de la URSS permitiría desbloquear la situación de parálisis en la que habían entrado, desde 1947, las Naciones Unidas, derivada del derecho de veto que se habían reservado las principales potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial y que imposibilitaba el desempeño del mandato central que se le había encomendado a esta institución: evitar las guerras y preservar la paz. Como dibujaba George H. Bush en su discurso:

“Un mundo en el cual hay una posibilidad real de construir un nuevo orden mundial. En palabras de Winston Churchill, un orden mundial en el cual ‘los principios de justicia y juego limpio protejan al débil frente al fuerte...’. Un mundo donde las Naciones Unidas, liberadas de los constreñimientos de la guerra fría, estén en condiciones de llevar a cabo la visión histórica de sus fundadores. Un mundo en el cual la libertad y el respeto por los derechos humanos encuentren su lugar entre todas las naciones”.

Este optimismo idealista se vio reforzado por dos hechos que, en el alma occidental, vendrían a demostrar que los viejos sueños liberales y la realidad se ajustaban, por fin, al devenir histórico: la **guerra del Golfo** y las **tesis del fin de la Historia** de Francis Fukuyama.

1) La guerra del Golfo

La guerra del Golfo significó la primera gran intervención armada en el nuevo escenario posbipolar. Y muy pronto pareció que nos encontrábamos en un nuevo orden internacional y en una nueva metodología para la resolución de conflictos.

Por primera vez, un desafío internacional se vehiculaba a través de las Naciones Unidas y bajo un consenso prácticamente total de las principales potencias mundiales.

En verano de 1990, en una temeraria decisión, Saddam Hussein ordenó invadir el vecino Estado de Kuwait bajo la justificación (además de las tradicionales reclamaciones territoriales que se remontaban a la era del Imperio otomano) de que el pequeño reino petrolero estaba incrementando artificialmente la producción de petróleo para bajar el precio del crudo en el mercado internacional, hecho que dificultaba la recuperación de Irak, en grave crisis económica después de ocho años de enfrentamiento fratricida con el vecino Irán. Desde la perspectiva de Saddam Hussein, los principales impulsores y beneficiarios de

la larga y cruenta guerra entre Irak e Irán habían sido las monarquías del Golfo, mientras que la mayor parte de los costes habían sido asumidos por Irak, primero, en forma de víctimas humanas (200.000 muertos y 400.000 heridos) y, en segundo lugar, en forma de una enorme deuda acumulada que impedía la viabilidad económica del país.

Hussein consideró que, dado que nadie se decidía a renegociar la deuda iraquí, la solución era invadir el país vecino, asentado sobre un mar de petróleo que representaba el 20% de las reservas mundiales conocidas.

De este modo solventaba de una sola vez las viejas reclamaciones territoriales de una salida al mar, y el control, *de facto*, de una parte sustancial de las reservas de petróleo y, por lo tanto, la clave para decidir el precio del petróleo en el mercado internacional, como vía de cobro de la deuda que “Irak había pagado en sangre”.

En sus cálculos, Hussein entendía que Estados Unidos y las potencias occidentales no intervendrían en un conflicto entre árabes, como no lo habían hecho antes en otros conflictos de la región: la ocupación de Israel en Cisjordania, Gaza y los Altos del Golán, o la ocupación del Líbano por parte del ejército sirio.

Muy pronto, sin embargo, se demostraría que los cálculos del dirigente iraquí eran erróneos. Al poco de la invasión, Estados Unidos persuadió al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para imponer sanciones económicas y militares contra el régimen de Saddam Hussein, con el objetivo de conseguir la retirada voluntaria de Irak. Después de meses de infructuosas negociaciones con los dirigentes iraquíes, Estados Unidos, liderando una extensa alianza multinacional, bajo el paraguas de las Naciones Unidas, lanzó la que fue conocida como “**Operación Tormenta del Desierto**”. La operación militar tardó poco más de 40 días en lograr la totalidad de sus objetivos: victoria militar, retirada del ejército invasor y regreso al *statu quo* anterior. Además, se había conseguido sin tener que lamentar muchas pérdidas propias en vidas humanas. La superioridad aérea y los bombardeos masivos fueron combinados con la guerra electrónica de precisión que podía destruir objetivos militares sin poner en riesgo las vidas de los soldados aliados y limitar, sustancialmente, los daños colaterales sobre la población civil.

Aparentemente, se había logrado una guerra incruenta y quirúrgica. Las pesadillas de la guerra de Vietnam parecían desvanecerse por siempre jamás.

Las tropas aliadas se guardaron mucho de invadir el territorio iraquí. Si bien persiguieron a las tropas derrotadas en retirada más allá de las fronteras entre los dos Estados, en ningún caso se pensó en aprovechar la intervención para derribar el régimen de Saddam Hussein. El miedo a una ocupación que reavivara los espectros de Vietnam y que pudiera concluir en una desintegración del Estado iraquí en favor de la mayoría chiita del sur y de los insurrectos curdos norteros (y con el consecuente riesgo de contagio sobre los países vecinos de Irán y Turquía), así como traspasar con creces el estricto mandato de las Naciones Unidas, desaconsejaron eliminar el régimen iraquí. De hecho, lo que George H. Bush quería lograr era un regreso a la situación de antes de la invasión, no rediseñar el mapa político de Oriente Próximo. Unos años después, su hijo, George W. Bush, emprendería la estrategia contraria.

La abrumadora victoria del ejército aliado, esencialmente norteamericano, la extraordinaria gestión diplomática de la crisis, que permitió que viejos enemigos se aliaran para defender la misma empresa, y el logro de los objetivos marcados a través de las Naciones Unidas, reforzaron la ilusión de que un **nuevo orden mundial**, liderado por Estados Unidos, sustituiría el difunto orden de la guerra fría. Sin embargo, el espejismo se encontraba en la interpretación del proceso: no eran los anhelos de un nuevo mundo lo que impulsaba a los actores, sino la magnitud del desafío que planteaba Saddam Hussein, que iba directo a la médula del derecho internacional: la igualdad soberana de los Estados, la inviolabilidad de las fronteras y la no injerencia en la soberanía interna de los Estados.

2) Las tesis del fin de la Historia de Francis Fukuyama

El otro gran hecho que contribuyó a alimentar el optimismo occidental se situó en el mundo de las ideas, a la estela del debate que comenzó **Francis Fukuyama** con sus controvertidas tesis sobre el **fin de la Historia**. A finales de los años ochenta, este funcionario de la Administración norteamericana firmaba un pequeño artículo en la revista conservadora *The National Interest*, donde aseguraba que éramos testigos del final de la Historia, entendida como un desarrollo progresivo hacia una culminación que sería representada por el modelo occidental de economía de mercado y de democracia liberal:

“Puede que seamos testigos no solo del fin de la guerra fría, o del transcurso de un periodo particular de la historia de la posguerra, sino de la conclusión de la Historia como tal. Es decir, el punto final de la evolución ideológica de la Humanidad y la universalización de la democracia universal como la única forma de gobierno humano [...] ¿Hemos llegado al fin de la Historia? Con otras palabras, ¿existen contradicciones fundamentales en la vida humana que no se puedan resolver en el contexto del liberalismo moderno, y que podrían resolverse en una estructura político-administrativa alternativa?”.

A pesar de que el escrito de Fukuyama simplificaba problemas complejos e ignoraba detalles inconvenientes, la coincidencia de su aparición y la caída del Muro de Berlín le otorgaron un aura profética, que contribuyó a dar resonancia a sus ideas, alimentando la oleada de triunfalismo occidental posterior a la caída del telón de acero, y a exacerbar el posterior debate intelectual.

Ciertamente, el liberalismo había resistido frente a los regímenes políticos que a lo largo del siglo XX lo habían desafiado, había triunfado militarmente sobre los fascismos en la Segunda Guerra Mundial y había resistido el comunismo hasta su desaparición. También era cierto que el fin de la guerra fría sería acompañado por una revalorización de las expectativas de democracia política, consolidando lo que **Huntington** denominó la “**tercera oleada democratizadora**”², así como de la defensa de los derechos humanos en todo el planeta. Pero la constatación de estos acontecimientos no eran argumentos suficientes para sustentar una teoría finalista de la Historia. Para sus críticos, Fukuyama trasmutaba sus anhelos o prejuicios en leyes de la Historia de una manera inaceptable. Entendía la Historia como una sucesión lineal de acontecimientos que tendrían que acabar de modo indefectible en un final que, obviamente, es el modelo político logrado por Occidente.

⁽²⁾Que empezaría con las transiciones democráticas en la Europa del sur en los años setenta, seguiría con las latinoamericanas de los años ochenta y finalizaría con las de las democracias populares del centro y el este de Europa en los noventa

Asumir que el modelo político occidental es un modelo estable, sin contradicciones internas (de raza, clase, identidad, etc.) e irreversible suponía, para los críticos de Fukuyama, una posición más ideológica que analítica, como los veinte años posteriores a la aparición del texto se han obstinado en demostrar.

Ideologías antioccidentales, anticapitalistas y antimodernas están lejos de haber desaparecido, aunque el marxismo-leninismo esté en declive como alternativa al sistema imperante en Occidente. Como afirma el politólogo conservador norteamericano Robert Kagan en su reciente libro, de título inequívoco, *El regreso de la Historia y el fin de los sueños*, un autoritarismo apoyado sobre economías de mercado más o menos controladas renace con fuerza de la mano de China y Rusia, negando la afirmación de Fukuyama de la imposibilidad de un modelo alternativo de éxito al modelo occidental.

En definitiva, los argumentos simplificadores y altamente ideologizados de Fukuyama ofrecían una visión distorsionada, por idealizada, de la realidad. Con todo, si bien eran fuertemente discutidos en el mundo académico, llenaban páginas y noticiarios satisfaciendo el imaginario de una sociedad occidental que observaba cómo se hundía el mundo donde había crecido y quería ver nacer uno nuevo, moldeado a partir de los intereses compartidos en Occidente. Fukuyama, lógicamente, acertaba en el punto de partida (el derrumbe del mundo bipolar), pero fracasaba en su intento de explicar lo que vendría.

Era muy cierto que había motivos para el optimismo de las potencias occidentales, pero el escenario internacional futuro pronto se resistiría a mostrarse como aquellas lo habían imaginado. El mundo no se simplificaría, sino que se haría más complejo y, por lo tanto, las viejas estrategias analíticas se tendrían que reconsiderar y adaptar a un mundo en cambio, en transición hacia un escenario desconocido. El problema, en estos periodos de aceleración histórica, es que los hechos toman mayor velocidad que los pensamientos, de lo que resulta que a menudo disponemos de muchas preguntas y escasas respuestas.

El optimismo de la mayor parte de las cancillerías y de los analistas occidentales se apoyaba en la derrota del enemigo antagónico, pero también en el diferencial proceso de cambio de un orden mundial hacia otro. A diferencia del pasado, parecía que esta vez se podría hacer la transición hacia un nuevo orden mundial sin un conflicto bélico mayor. Ciertamente, las experiencias históricas de cambio de orden internacional, desde principios del siglo XIX, mostraban que se habían producido a través de fuertes enfrentamientos militares entre las principales potencias mundiales. Los tres grandes sistemas internacionales anteriores al momento actual (Congreso de Viena, periodo de entreguerras y mundo bipolar) se habían consolidado después de tres grandes conflictos: las guerras napoleónicas, la Gran Guerra y la Segunda Guerra Mundial. En este caso, no parecía que tuviéramos que seguir el mismo camino.

Por otro lado, la caída del Imperio soviético –pese a la sacudida de última hora protagonizada por un grupúsculo de conspiradores de la vieja guardia (del PCUS, del ejército y del KGB), encabezados por Gennady Yanaev, que en un último intento desesperado por salvar el viejo imperio ejecutaron un golpe de Estado felizmente abortado al cabo de pocos días– se produciría de manera ordenada y muy poco conflictiva. Con excepción de la región del Cáucaso, las diversas repúblicas que integraban la URSS se constituyeron en Estados-nación con muy pocas dificultades. Los nuevos y viejos Estados del este de Europa iniciaron procesos de transición, con muchas dificultades pero con muy poca oposición interna, desde las depauperadas economías planificadas a economías de mercado, mientras se incorporaban, sin muchas trabas, a las estructuras de seguridad y defensa de Europa occidental. Parecía que el escenario europeo se reorganizaba de manera pacífica y respondiendo a los intereses occidentales.

Junto a estos elementos positivos, sin embargo, se empezaban a divisar señales que nublaban el futuro imaginado. Y como en el caso de la caída del mundo soviético, muy pocos analistas y prácticamente ninguna cancillería occidental las había previsto ni mucho menos se habían diseñado planes de contingencia para hacerles frente. En especial, dos problemáticas que pronto serían el centro de las preocupaciones de las principales potencias occidentales:

- **El destino del enorme arsenal nuclear** (y otros tipos de armas de destrucción masiva) que había acumulado la Unión Soviética.

- **El estatus político de numerosas minorías étnicas** que residían dentro de las fronteras de los que pronto se convertirían en nuevos Estados independientes (Keylor, 2001).

La implosión de la Unión Soviética provocó que los dispositivos nucleares soviéticos quedaran repartidos en cuatro de las antiguas repúblicas de la URSS: Rusia, Bielorrusia, Ucrania y Kazajistán.

La inestabilidad política derivada de esta implosión, junto con la profunda crisis económica que siguió al abandono de la economía planificada y la adopción desordenada de la economía de mercado, contribuyeron a aumentar la incertidumbre sobre la capacidad de estos nuevos países de custodiar y controlar las armas de destrucción masiva heredadas de la URSS.

El miedo de la comunidad internacional no solo residía en la posibilidad de que se produjera una bajada en los estándares de seguridad que los arsenales nucleares requieren, sino en la posibilidad de que la carencia de control sobre estos dispositivos facilitara que algunos de ellos cayeran en manos de entidades no gubernamentales (como grupos terroristas o cárteles de la droga) o en las de dirigentes de lo que pronto se conocería como “*rogue states*”³. La capacidad desestabilizadora para la seguridad internacional y para las políticas de no proliferación de un escenario como este eran inaceptables para la comunidad internacional. Muy pronto, la presión sobre los nuevos Estados para asegurar sus arsenales aumentó, y se extremó la vigilancia sobre el mercado negro internacional para evitar la transferencia de tecnología nuclear a posibles compradores interesados.

⁽³⁾En este texto, traduciremos este concepto como “Estados canallas”.

El otro gran elemento de preocupación para la comunidad internacional que nos dejaría la implosión de la Unión Soviética lo representaba el potencial desestabilizador de grupos étnicos, que habiendo perdido el paraguas de las antiguas estructuras multinacionales se encontraban, de repente, como minorías étnicas en el marco de nuevos Estados independientes. La implosión de la URSS generó la aparición de múltiples Estados nuevos que se articularon a partir de un nuevo discurso de legitimidad cimentado sobre bases nacionalistas, en sustitución del viejo discurso socialista. La instrumentalización de un renovado nacionalismo, como vehículo para revitalizar el entusiasmo de los miembros de unos partidos comunistas en extinción y para cohesionar una nueva ciudadanía que tenía que cambiar su marco de referencia político, fue un común denominador de las elites políticas de los Estados y los territorios que habían estado bajo dominio soviético.

En la mayor parte de los nuevos Estados, y en algunos de los existentes que se deshicieron de la tutela soviética, este nuevo discurso nacionalista solo representaba a una parte de la diversidad étnica que guardaban sus fronteras. En muchos casos, las minorías étnicas se vieron forzadas a posiciones de resistencia que, en los casos más graves, se tradujeron en enfrentamientos armados entre las diversas etnias que conformaban los nuevos Estados y que pretendían proyectos políticos divergentes.

Se produjeron tensiones étnicas en la práctica totalidad de la antigua frontera sur de la URSS.

En la frontera caucásica de la recién creada Federación Rusa, donde ingusetios y osetios del norte se disputaron los límites fronterizos que les separaban y, especialmente, en la región de Chechenia, donde una combativa guerrilla declaró, aprovechando la desintegración del poder soviético, la independencia de la región a finales de 1991, retomando un conflicto que hunde sus raíces a finales del siglo XIX. También en las cinco nuevas repúblicas independientes de Asia Central: Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán, se registraron tensiones étnicas de diferente consideración, agravadas por las ambiciones de algunas potencias regionales de ocupar el vacío de influencia provocado por la retirada del poder soviético. Turquía e Irán trataron de aprovechar la nueva situación creada para expandir su influencia sobre una región de alto valor estratégico y creciente valor económico⁴. Esta región, además, se vio sacudida por tensiones religiosas derivadas de la victoria de los muyahidines musulmanes sobre los soviéticos en Afganistán en 1989, hecho que los alentó a extender su influencia sobre las nuevas repúblicas de la región combatiendo a las viejas elites, antes comunistas y ahora nacionalistas.

⁽⁴⁾ Las profundidades del mar Caspio esconden las segundas reservas mundiales de petróleo.

La caída de la URSS y el fin de la guerra fría empezaba a mostrar los primeros efectos. Muy pronto se demostraría que estas consecuencias no solo afectarían al espacio exsoviético, sino que tendrían alcance mundial.

La guerra fría había creado una lógica de seguridad que obligaba a los Estados satélites a subordinar cualquier problemática local o regional a los intereses del enfrentamiento bipolar. Con el fin de la guerra fría y la desaparición de su lógica superior, muchas de las problemáticas que habían sido “congeladas” afloran con fuerza, generando tensiones conflictivas en todo el planeta.

Así, del mismo modo que los antiguos aliados europeos de la URSS y las repúblicas que la habían conformado aprovechaban la retirada de la autoridad soviética para reubicarse en el escenario internacional, en todas las áreas geopolíticas del mundo, los Estados abandonaron el letargo en el que habían quedado sumidos en el periodo bipolar y empezaron a redefinir sus intereses en el marco de un nuevo escenario internacional.

Ciertamente, los Estados Unidos habían quedado como única superpotencia de alcance global en este nuevo escenario internacional, iniciando una época que algunos analistas conceptualizaron como el “**momento unipolar**” (Krauthammer, 1990), aunque esta posición preminente no significaría el fin de la historia ni el advenimiento de un escenario internacional que solo respondie-

ra a los intereses occidentales. El mundo se haría más inestable, más complejo y, a veces, más violento. Y el primer lugar donde se demostraría tal cosa sería en el corazón de Europa.

2. Europa: unificación y desintegración

La implosión de la Unión soviética tuvo un especial impacto en el continente europeo, dado que había sido el escenario primario del enfrentamiento bipolar, el lugar donde se plasmó, físicamente, la división del mundo en dos bloques antagónicos. No es extraño, pues, que la desaparición de la URSS propiciara o influyera en los **dos grandes procesos**, paradójicamente antagónicos, que se desarrollaron en la década de los noventa del siglo XX en Europa:

- Una profunda modificación del mapa político europeo, derivado fundamentalmente de la implosión del Imperio soviético, pero también debido a la desintegración de Yugoslavia.
- La profundización y extensión del proceso de integración europea.

El fin del último gran imperio de la Europa continental tuvo un efecto sobre la cartografía europea solo comparable al que tuvo el Tratado de Versalles a finales de la Primera Guerra Mundial.

En pocos años, cuatro Estados consolidados desaparecieron dejando **14 nuevos países independientes**. Las 6 repúblicas más occidentales de la Unión Soviética –Estonia, Letonia, Lituania (anexionadas por Stalin en 1940), Bielorrusia, Ucrania y Moldavia– se convirtieron en Estados independientes, como lo hizo Rusia. Las dos Alemanias, separadas desde 1945, iniciaron un rápido proceso de unificación. Checoslovaquia se dividió sin violencia en dos nuevos Estados: Eslovaquia y la República Checa. Finalmente, Yugoslavia, el otro Estado multinacional de Europa oriental, estalló en una larga guerra fratricida, que concluyó con la constitución de cinco nuevos Estados: Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Serbia-Montenegro y Macedonia.

A excepción del caso de la antigua Yugoslavia, este extraordinario proceso de transformación que sufrió Europa oriental se llevó a cabo en un breve espacio de tiempo y **prácticamente sin violencia**, hecho remarcable teniendo en cuenta el pasado reciente del continente. Como afirma Tony Judt:

“No se tiene constancia histórica de ningún otro imperio territorial que abandonara sus dominios con tanta rapidez, con tan buen talante y con tan poco derramamiento de sangre” (Judt, 2006, pág. 910).

Como hemos visto en el módulo anterior, la estrategia de Gorbachov de dejar libres las “colonias” de la Europa del Este para salvar el comunismo en Rusia no logró su principal objetivo, pero precipitó la caída de los regímenes comunistas europeos, al tiempo que establecía las bases para la desintegración de la Unión Soviética con el debilitamiento de la autoridad y legitimidad del PCUS y de los aparatos represivos del Estado. Como sigue Judt:

“Una vez que el Partido perdió el control, una vez que quedó claro que el ejército y el KGB actuarían sin piedad para aplastar a los críticos del régimen y castigar la disidencia [...], las naturales tendencias centrífugas de un enorme imperio territorial pasaron a un primer plano” (Judt, 2006, pág. 943).

En este proceso, los países de la Europa del Este que habían formado parte del Pacto de Varsovia, y que eran *de facto* colonias de la URSS, lograron la capacidad de decidir libremente su futuro y emprendieron un acercamiento decidido hacia las estructuras políticas y de defensa de Europa occidental, la Comunidad Europea y la OTAN. Para estos países, estas instituciones eran las dos caras de una misma moneda, y significaban la posibilidad de modernización y mejora de las condiciones de vida de su población al tiempo que se aseguraban de que, bajo el paraguas de la OTAN y Estados Unidos, no se revertiría el nuevo estatus logrado.

Estos anhelos, sin embargo, chocaron con la imprevisión occidental. Europa occidental no había previsto la desintegración del bloque comunista y, en consecuencia, había diseñado una profundización en el proceso de integración que no contemplaba la nueva realidad surgida después de 1989 y que planteaba un conjunto de desafíos inesperados que había que afrontar:

¿Se podían cerrar las puertas de la CE a los países de la Europa del Este?
¿Era posible gestionar una CE de veinte y tantos miembros? ¿Serían capaces los países de la Europa del Este de hacer una transición hacia los principios de democracia política y economía de libre mercado?

Las demandas de los países de la Europa del Este eran comprometedoras y las dudas de los Estados miembros de la CE innumerables, pero la nueva realidad reclamaba superar los clivajes este-oeste apelando a la reunificación del viejo continente. Y la primera estación donde se confrontarían los anhelos y los miedos de unos y otros sería el **proceso de unificación del pueblo alemán** bajo un solo Estado.

Para muchos observadores, y para la mayoría de los ciudadanos de las dos Alemanias, la retirada soviética de la Europa del Este parecía abrir las puertas a la reunificación. De hecho, la división del país era uno de los resultados del fin de la Segunda Guerra Mundial y del inicio de la guerra fría. En este sentido, si la retirada soviética ponía fin a la guerra fría y se rompía la lógica bipolar, no tenía demasiado sentido mantener una división artificialmente establecida en 1947 y que contaba, además, con la oposición de la mayoría de la población de los dos Estados alemanes. Pero el peso de la historia reciente y la incertidumbre general ante el proceso de retirada soviética de su tradicional área de influencia hicieron que el proceso de reunificación alemán, a pesar de que se completó en un año, fuera bastante complejo.

Soberanía limitada

Hay que recordar que, hasta 1989, estos países estaban sometidos al principio de “soberanía limitada” que impuso Brézhnev, esto es, al principio de que la URSS tenía el derecho a la supervisión de la política exterior y doméstica de sus Estados satélites, como mecanismo para evitar “desviaciones” de la ortodoxia soviética.

La principal dificultad surgiría de la divergencia de intereses y preocupaciones de las principales potencias implicadas en el proceso. No se trataba solo de la voluntad de las dos Alemanias, sino que también hacía falta el visto bueno de aquellos países vencedores de la Segunda Guerra Mundial que habían creado la división de Alemania y mantenían algunos derechos residuales sobre los dos Estados y su posible destino futuro. Y ninguno de ellos veía con tranquilidad el proceso de reunificación. Tampoco estaban ansiosos por presenciar la unificación alemana algunos de los Estados vecinos de Alemania.

Para **Francia** y el **Reino Unido**, la posibilidad de una inmediata reunificación de los dos Estados alemanes despertaba **viejos fantasmas del pasado**. Si bien no eran contrarios a una posible unificación futura, entendían que esta se produciría como resultado de un largo proceso de cambio en la Europa del Este⁵. La primera ministra británica Margaret Thatcher pensaba, además, que si el proceso era exitoso de manera inmediata, la reunificación significaría la desestabilización de Gorbachov (como la crisis de los misiles significó la de Jrushchov) y la potencial detención del proceso de **perestroika**. Al presidente francés, François Mitterrand, la pesadilla de una alemana reunificada lo llevó a intentar reactivar las viejas alianzas del siglo XIX entre Francia y Rusia contra el enemigo común alemán. El problema de ambos dirigentes era que no tenían muchas alternativas que ofrecer para evitar la fusión.

⁽⁵⁾De hecho, el mismo Helmut Kohl, presidente de la RFA, presentó a finales de 1989 un programa de acercamiento progresivo a la unificación alemana en un horizonte de cinco años.

Para **Gorbachov**, una Alemania reunificada planteaba un doble problema geoestratégico.

- Por un lado, como en el caso de las dos potencias anteriores, significaba volver al escenario de los años treinta: una poderosa potencia en el centro de Europa con capacidad suficiente para desestabilizar el continente, como había hecho por dos veces en el pasado.
- Por otro lado, la integración de la República Democrática Alemania (RDA) en la República Federal Alemania (RFA) implicaría aceptar que el antiguo satélite soviético se integraría en las estructuras de la OTAN, hecho que supondría una grave amenaza al equilibrio (todavía visible) entre el este y el oeste.

Sin embargo, como en el caso de franceses y británicos, tampoco tenía muchas alternativas que ofrecer. En el caso de Gorbachov, además, una oposición frontal a la reunificación podía derivar en implicaciones sobre su política interna, puesto que oponiéndose contradiría una parte sustancial de sus declaraciones públicas y de la esencia misma de la perestroika.

Ante las pocas posibilidades de impedir el proceso, Gorbachov entendió muy pronto que era preferible una Alemania unida en el seno de las estructuras de la OTAN que una Alemania unida que, frente a las presiones, optara por una posición neutral y, desvinculada de cualquier alianza, atemorizara a los

vecinos europeos de uno y otro lado. Este mismo argumento es el que provocó la adhesión incondicional de la Administración norteamericana a la reunificación alemana.

Lo que más temía George H. Bush era una Alemania autónoma, desvinculada de la OTAN, que persiguiera sus intereses sin las constricciones que la Alianza imponía a todos los miembros y, de hecho, dejara sin sentido práctico la existencia misma de la Alianza Atlántica.

La única manera de mantener viva la OTAN, desde la perspectiva norteamericana, era con **la plena integración de la Alemania reunificada**.

El sistema establecido para vehicular el proceso de reunificación, las conversaciones "2+4", que daba cabida a todas las partes implicadas, sería el escenario donde se acordarían las condiciones para la creación del nuevo Estado alemán y donde se sancionarían las garantías que la nueva Alemania ofrecía a los países vecinos. El método no solo ordenaba el proceso, sino que ofrecía presencia y tranquilidad a todas las partes implicadas y, sobre todo, a la URSS.

Las conversaciones "2+4"

Las dos Alemanias y las cuatro potencias con derechos residuales sobre Alemania, como resultado de la victoria en la Segunda Guerra Mundial (URSS, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña).

En palabras de James Baker, secretario de Estado de la Administración norteamericana,

"[las conversaciones 2+4] eran un proceso que podría conducir a las dos Alemanias a la unificación a la vez que ofrecía a Gorbachov un lugar en la mesa, hecho que le permitiría explicar a los halcones soviéticos que Moscú todavía estaba en el juego" (Young, 2004, pág. 627).

El hecho de dislocar un proceso que prometía contaminar las relaciones entre viejos aliados se basó en la asunción, por parte del presidente de la RFA, **Helmut Kohl**, de una política de apaciguamiento, que desactivó los temores que despertaba la reunificación, fundamentalmente en Francia y la URSS. Alemania aceptó, como había hecho en el pasado, la propuesta de Mitterrand de comprometerse con una profundización del proyecto europeo que sería liderado por **un reforzado eje París-Berlín**. Este compromiso suponía seguir, una vez más, la vieja estrategia de apremiar a la potencia alemana en un marco superior, la CECA en el pasado, la UE en el futuro, a la vez que se compensaba el desequilibrio de poder (fundamentalmente económico) que suponía la reunificación alemana con el reconocimiento del liderazgo político de Francia en la construcción europea.

Respecto a la URSS (y en algunos países vecinos), Alemania se reafirmó en antiguos compromisos y ofreció nuevas garantías, sancionando la inviolabilidad de las fronteras orientales de Alemania (la línea Oder-Neisse), reafirmando su compromiso a no adquirir armas de destrucción masiva de ningún tipo, prometiendo que las tropas de la OTAN no se estacionarían en territorio de Alemania oriental durante un tiempo indefinido y aceptando limitaciones al volumen de su futuro ejército. En paralelo, y para facilitar un acuerdo rápi-

do y sin grandes obstáculos, sobre todo en forma del destino del remarcable contingente del ejército rojo instalado en la RDA (360.000 soldados), Kohl se comprometió a dar apoyo económico para el desplazamiento de tropas en su regreso a Moscú y ayuda financiera a los procesos de cambio que lideraba Gorbachov en la URSS. Como ha calculado Judt:

“En conjunto, desde 1990 hasta 1994; Bonn transfirió a la Unión Soviética (y más tarde a Rusia) el equivalente a setenta y un mil millones de dólares (además de otros treinta y seis mil destinados a los antiguos Estados comunistas de la Europa del Este)” (Judt, 2006, pág. 920).

Aclarada la escena internacional, recuperada la plena soberanía nacional con la renuncia de las cuatro potencias ocupantes a sus derechos residuales sobre Alemania, el 12 de septiembre de 1990, los dos Estados no encontraron más obstáculos para, el **3 de octubre de 1990**, hacer efectiva su unificación, fecha en la cual la República Democrática era absorbida por la República Federal y dejaba de existir. Los dirigentes de la RFA podían estar satisfechos de haber finalizado con éxito un proceso extremadamente complejo con celeridad y sin grandes costes diplomáticos. Pero el éxito político de la reunificación escondía algunas dificultades que pronto aflorarían, sobre todo en la ex-RDA.

Ya desde los inicios del proceso, algunos observadores de Alemania occidental alertaron de los extraordinarios costes económicos que supondría una reunificación como la que se planteaba, dadas las diferencias socioeconómicas que existían entre las dos Alemanias. Pero la extraordinaria fuerza simbólica de la reunificación y la dinámica de optimismo colectivo que se produjo en los dos países ahogaron las voces más críticas.

Al poco de la reunificación, sin embargo, se empezaron a percibir los **efectos perversos** de la absorción del lado oriental por parte de la RFA.

La economía de la RDA era ineficiente e incapaz de competir con la potente economía occidental, y pronto hubo un cierre en cascada de fábricas y un aumento extraordinario del paro hasta llegar a cifras, por la parte oriental, de 4 millones de parados.

El sistema empleado para evitar el desplazamiento masivo de población oriental hacia la parte occidental –intercambiar marcos orientales por los occidentales a una paridad de uno a uno– había servido para evitar una hemorragia demográfica, pero impactaría gravemente en el mercado laboral de Alemania oriental y en el presupuesto del nuevo Estado unificado. Judt calculó que el coste de la absorción había sido, en el 2003, de **1,2 billones de euros**. Un coste que sería transferido, en parte, al resto de países europeos mediante un **alza en los tipos de interés** que afectaba al Sistema Monetario Europeo, como

mecanismo para luchar contra el proceso inflacionario alemán resultado de la política de expansión de la deuda de Kohl, que fue la vía escogida para pagar la absorción sin subir los impuestos a los contribuyentes de Alemania occidental.

Con todo, visto desde la perspectiva que nos dan los veinte años pasados desde la reunificación, podemos concluir que **Alemania fue uno de los principales “vencedores”** o beneficiados de los procesos de cambio que se llevaron a cabo a principios de los años noventa.

Consiguió pasar de ser un Estado dividido y controlado por las dos superpotencias a convertirse en un potente actor, con una mayor capacidad de maniobra independiente en la escena internacional, con una presencia e influencia en las economías emergentes del centro y este de Europa como ningún otro Estado en el continente y en el Estado clave de la Unión Europea.

Desde la perspectiva de la historia europea, la reunificación alemana simbolizaba el fin del periodo de la guerra fría, comenzaba la reconciliación de las dos Europas separadas desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y marcaba el paso del desahucio de los instrumentos institucionales que sostuvieron el poder soviético en el continente.

En junio de 1991 desaparecía el COMECON, la organización económica del bloque comunista herida de muerte desde enero de 1990, cuando la URSS decidió comerciar con sus *partners* a precios de mercado, en vez de seguir bajo el régimen de precio subsidiado. Un mes más tarde, en julio de 1991, ante los cambios de régimen en los países de la Europa del Este, se disolvía formalmente el Pacto de Varsovia, la estructura de defensa de los países del bloque comunista.

El viejo Imperio soviético había sido desvencijado. Un vasto imperio de miles de kilómetros se había desintegrado en quince entidades políticas soberanas. El catalizador común que movió a estas entidades a independizarse fue el reflujó de un nacionalismo antagónico que reaparecía con fuerza para llenar el vacío que había dejado la transnacional ideología marxista-leninista. Este regreso del nacionalismo étnico obligó, también, a las jóvenes democracias de la Europa del Este a incorporar las minorías étnicas como parte de los nuevos Estados y a gestionar sus demandas desde la óptica de la democracia liberal. En general, se consiguió sin muchas dificultades, pero dos Estados que habían sido creados después de la Primera Guerra Mundial se rompieron.

- uno, **Checoslovaquia**, de manera amistosa y pacífica;
- el otro, **Yugoslavia**, con unos niveles de violencia como no se habían visto desde la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de las extraordinarias similitudes entre los dos grupos étnicos mayoritarios de Checoslovaquia, un largo pasado común en el seno del Imperio austrohúngaro y una reciente historia compartida de opresión bajo la Unión

Soviética, los viejos agravios entre checos y eslovacos acabaron escindiendo el Estado en un proceso que fue conocido como “**el divorcio de terciopelo**”. Las nuevas elites poscomunistas de las dos regiones que componían la República Checoslovaca fueron extremando sus posiciones: la derecha checa, encabezada por Klaus, veía en Eslovaquia una rémora económica insostenible en el proceso de transición hacia el capitalismo, mientras que, para los populistas eslovacos, liderados por Meciar, el Estado checoslovaco, como en el pasado, favorecía principalmente los intereses checos en detrimento de los eslovacos. Estas posturas extremas tenían la doble virtud, a ojos de sus impulsores, de separar las comunidades, al tiempo que servían para ensanchar el espacio electoral de sus respectivos partidos. En pocos años, las dos regiones que habían empezado pensando en un solo país bajo una constitución federal derivarían hacia una partición pacífica que se concretaría el 1 de enero de 1993.

Muy diferente fue el caso de **Yugoslavia**, donde las diferencias nacionales y confesionales fueron llevadas al extremo, hasta desembocar en violentos enfrentamientos armados acompañados de prácticas de persecución y expulsión de grupos étnicos enteros, con el objetivo de homogeneizar las poblaciones de ciertas regiones del país. Prácticas desconocidas desde la Segunda Guerra Mundial y que contribuyeron a la creación de un nuevo concepto a incorporar en el vocabulario de las relaciones internacionales: el de **limpieza étnica**. Una vez más, parecía que se confirmaba la vieja afirmación de Winston Churchill, quien consideraba que los Balcanes generaban más historia de la que podían digerir.

Con la muerte de Josip Broz –conocido popularmente con el mote de Tito– en 1980, y el fin del orden bipolar, desaparecieron los dos principales contrapesos a las fuertes tendencias centrífugas que, desde antaño, abrumaban la multinacional y multiconfesional República Federal de Yugoslavia. Sin autoridad unificadora o árbitro “neutral” que dirimiera sobre las disputas entre las diversas entidades que configuraban el país (seis repúblicas y dos entidades autónomas⁶) los intereses particulares acabarían imponiéndose sobre una idea de república federal que nunca había disfrutado de muchos seguidores, pese a los esfuerzos del régimen titista para crear un nacionalismo yugoslavo que hiciera desaparecer o integrara las viejas lealtades nacionales.

⁶Las Repúblicas eran: Croacia, Eslovenia, Bosnia-Herzegovina, Macedonia, Montenegro y Serbia. Las regiones autónomas, en el seno de la República Serbia, eran Kosovo y Voivodina.

El equilibrio logrado por Tito, a través de una prudente combinación de políticas de represión y depuración con políticas de concesión de algunas de las demandas surgidas de las diversas sensibilidades que conformaban el Estado yugoslavo, empezó a agrietarse a lo largo de los años ochenta, cuando el país tuvo que hacer frente a profundas dificultades económicas derivadas de un sistema económico poco eficiente. Pese a los cambios introducidos en la década de los setenta –cuando el régimen abrazó una suerte de modelo económico autogestionario que tenía que ser un tipo de tercera vía, un vía alternativa, que tomaba lo mejor de la economía de mercado y de la economía planificada–, la economía yugoslava nunca se diferenció mucho de los problemas de eficiencia y carencia de innovación que sufrieron todas las economías de la órbita

socialista. Estas dificultades reforzaron la vieja sensación de las repúblicas más ricas (Croacia y Eslovenia) de ser expoliadas por las más pobres e ineficientes, a través de los fondos de compensación federales.

Estos agravios económicos contribuían a tensar las disputas políticas entre repúblicas que defendían modelos de Estado diferentes.

Esencialmente, se confrontaba un modelo de Estado, defendido por Croacia y Eslovenia, que entendía que la solución de la crisis pasaba por abordar una mayor descentralización política y una mayor autonomía económica de las diversas entidades que configuraban Yugoslavia, frente a un modelo, el defendido por Serbia (sobre todo desde el ascenso de Milosevic en 1987), que entendía que la única solución a la grave crisis del país pasaba por fortalecer la unión a través de procesos recentralizadores que permitieran al Estado recuperar algunas de las competencias cedidas a las partes.

En estos planteamientos centralizadores, Croacia y Eslovenia veían la voluntad de Milosevic de profundizar en el dominio de las instituciones del Estado (burocracia y ejército) que tradicionalmente había logrado la **comunidadserbia**.

Finalmente, y después de un intento fallido de lograr un tipo de confederación imperfecto, Croacia y Eslovenia dejaron unilateralmente Yugoslavia y declararon su independencia el 25 de junio de 1991.

Fue clave en esta decisión la negativa de Serbia, que no aceptó que el candidato croata presidiera el Estado yugoslavo, como correspondía en virtud de los acuerdos de presidencia rotativa que se habían acordado en la última Constitución del país. Del mismo modo, Milosevic se negó a conceder la independencia de las dos repúblicas y, empleando el ejército federal yugoslavo, invadió los dos territorios separatistas.

Los enfrentamientos en **Eslovenia** duraron pocas semanas. La fuerte homogeneidad étnica del país y una alta capacidad defensiva decantaron rápidamente los enfrentamientos del bando esloveno.

En **Croacia**, en cambio, los enfrentamientos entre la nueva república independiente y el ejército yugoslavo se agravaron, y se extendieron durante meses, sobre todo espoleados por la populosa minoría serbia de Croacia, que muy pronto constituiría milicias de apoyo al ejército yugoslavo. Tampoco ayudó a acortar el enfrentamiento la elección como presidente croata, en mayo de 1990, de Franco Tudjman, un extremista croata perfectamente equiparable al extremista Milosevic.

La minoría serbia de Croacia

La minoría serbia de Croacia se concentraba, en su mayor parte, en la región de Krajina, región fronteriza entre Croacia y Bosnia-Herzegovina. Precisamente, en serbocroata Krajina significa 'frontera', y marcaba el límite de expansión del Imperio turco. En Krajina es donde se estabilizó la frontera que separaría durante siglos el Imperio turco del Imperio austrohúngaro. Y fue en esta región donde el emperador austrohúngaro situó a las poblaciones serbias que tenían que hacer de primera fuerza de choque contra los ejércitos turcos ante una eventual nueva invasión.

La comunidad internacional reaccionó lentamente, y en septiembre de 1991, las Naciones Unidas decretaban un embargo de armas sobre todas las repúblicas yugoslavas en un intento de contener la escalada bélica. Meses más tarde, en enero de 1992, la Comunidad Europea, haciendo caso a las reiteradas reclamaciones alemanas, reconoce las independencias de Croacia y Eslovenia, pese a las dudas que ofrecían los dos nuevos Estados sobre su viabilidad y sobre el respeto a los derechos humanos que eran capaces de garantizar. En cualquier caso, a ojos europeos, esta parecía la mejor vía para forzar a Milosevic a aceptar la nueva realidad de una Yugoslavia escindida. En abril de 1992, croatas y serbios acordaban un alto el fuego y aceptaban el desplazamiento de un contingente de interposición de las Naciones Unidas, que tenía que evitar nuevos enfrentamientos y que sancionaba *de facto* el control, por parte de Serbia, de un tercio del territorio croata.

Mientras parecía que se estabilizaba el frente croata, otro frente se abría en la república vecina de **Bosnia-Herzegovina**.

Bosnia era la república yugoslava con una **mayor complejidad étnica y confesional**: el 45% de la población era musulmana, aquellos que se habían convertido al islam durante el periodo de dominación otomano; un tercio de la población era serbia, practicantes del cristianismo ortodoxo; y prácticamente un 18% eran croatas de religión católica.

Mientras el Gobierno bosnio preparaba una declaración de independencia que seguiría a Croacia y Eslovenia en su desvinculación de la República Federal de Yugoslavia, los serbios de Bosnia armaban un ejército irregular con armamento proveniente del ejército federal e iniciaban conversaciones con Belgrado para coordinar un ataque contra la emergente entidad política bosnia. En enero de 1992, el presidente bosnio electo, Alija Izetbegovic, declaraba la independencia de Bosnia-Herzegovina unos meses después de que los serbios bosnios decretaran un enclave autónomo en la región este de Bosnia, fronteriza con la República Serbia, con la voluntad de conjurar la perspectiva de vivir en un Estado dirigido por un musulmán.

La etnia musulmana

El mariscal Tito había promocionado la etnia musulmana, como etnia al nivel de la croata o serbia, para favorecer una asociación entre las poblaciones seguidoras del islam de Bosnia y esta nueva república.

Como respuesta a la declaración de independencia bosnia, los irregulares serbios de Bosnia lanzaban, con el apoyo encubierto de Belgrado, un ataque contra las poblaciones no serbias, consiguiendo en poco tiempo controlar el 70% del territorio del recientemente creado Estado independiente. La **escalada bélica** logró niveles desconocidos desde la Segunda Guerra Mundial.

El virulento asedio sometido a la población de Sarajevo durante meses, la estrategia de limpieza étnica aplicada por los irregulares serbobosnios forzando a las poblaciones no serbias al exilio y la implantación de campos de retención, donde las mujeres musulmanas eran sistemáticamente violadas, sacudieron las conciencias de la opinión pública internacional.

La comunidad internacional, sin embargo, era víctima de su tradicional divergencia de intereses. Estados Unidos consideró que Yugoslavia era una cuestión estrictamente europea, y los europeos sufrían un tipo de esquizofrenia: si por un lado declaraban la firme intención de avanzar decididamente en la construcción de una política exterior común, vehiculada a través de un alto representante europeo que sería la única voz cualificada en el ámbito de las relaciones internacionales; por el otro, los principales países europeos se comportaron individualmente del mismo modo que tradicionalmente lo habían hecho en el pasado, Francia apoyando a los serbios, Alemania a los croatas (y eslovenos) y Gran Bretaña jugando al equilibrio de poderes, aunque fuera a expensas del sufrimiento de las poblaciones, negándose a la propuesta franco-alemana de enviar un contingente de intermediación bajo bandera de la Unión Europea occidental.

La situación sobre el terreno se agravó cuando Croacia, que había sido del bando de los musulmanes desde las primeras razias serbobosnias, decidió romper la alianza *de facto* y perseguir sus propios intereses territoriales, ambicionando agrandar su nuevo Estado con un 20% del territorio bosnio. El riesgo de una guerra general, que trascendiera las fronteras bosnias e implicara a las repúblicas vecinas (ahora nuevos Estados fronterizos), o de la rotura de la unidad territorial bosnia –como habían planteado Milosevic y Tudjman en unas conversaciones afortunadamente infructuosas para dividir Bosnia en tres Estados independientes–, incorporaba complejidad a la situación y contribuía a dificultar un acuerdo de mínimos sobre la estrategia a seguir, por parte de la comunidad internacional, para la resolución del conflicto.

Las medidas más profilácticas encargadas a las Naciones Unidas, como las sanciones comerciales o el embargo de armas sobre el conjunto de la antigua Yugoslavia, no solo no ayudaron a reducir el ensañamiento de la situación, sino que, paradójicamente, incrementaron la asimetría de fuerzas, puesto que beneficiaron a los agresores principales, los serbobosnios, que no tenían dificultades de proveerse de armas gracias a Serbia y Rusia, mientras dificultaban duramente la capacidad de las poblaciones musulmanas de lograr un armamento con el que hacer frente a los irregulares serbios. Por otro lado, el contingente militar de interposición, bajo mandato de las Naciones Unidas, solo se dedicaría a la ayuda humanitaria y a vigilar las “áreas protegidas” de Bosnia, y en ningún caso podría tomar parte por ningún bando si se encontraba en medio de enfrentamientos abiertos.

Las medidas tomadas por la comunidad internacional no contribuían a solucionar el conflicto y escasamente a contenerlo. Ante la inoperancia europea, una vez más empeñada en demostrar la verdad del viejo adagio que la caracteriza como “un gigante económico, pero un enano político”, y frente a los reiterados fracasos diplomáticos para solucionar el conflicto por la vía negociada (Plan Carrington, Plan Vance-Owen), la **nueva Administración norteamericana** decide pasar a la acción en un doble movimiento:

- Por un lado, opta por emplear las fuerzas aéreas de la OTAN para atacar los objetivos serbobosnios sobre el terreno, a la vez que levanta el embargo de armas, equilibrando la posibilidad de acceso a las armas de todas las partes.
- Por otro lado, la diplomacia norteamericana se moviliza para presionar al presidente croata para que abandone sus ambiciones expansionistas y vuelva a una alianza con los musulmanes contra los serbios de Bosnia, alianza que contaría con la ayuda tecnológica y logística de Estados Unidos.

A pesar de la oposición europea a los bombardeos aéreos, por miedo a las represalias que podían provocar contra las tropas europeas desplegadas sobre el terreno, como los Cascos Azules de las Naciones Unidas, la Administración Clinton ejecutó su plan, apoyada en una campaña de denuncia de las atrocidades serbobosnias sobre Srebrenica y Sarajevo que impactó a la opinión pública mundial. El plan de acción consistió en la combinación de un ataque terrestre de fuerzas croatas sobre la porción oriental de Croacia, controlada desde los inicios del conflicto por los serbios, con bombardeos selectivos de los enclaves militares serbios en Bosnia por parte de aviones de la OTAN.

Los musulmanes de Bosnia

Pese a las dificultades, los musulmanes de Bosnia accedieron recurrentemente al mercado internacional de armamento primero y, con posterioridad, disfrutaron del soporte armamentístico que les ofrecieron Irán, Pakistán o Sudán.

En la primavera de 1995, las tropas croatas, muy entrenadas por los servicios secretos norteamericanos, vencieron la resistencia serbia en Krajina y procedieron a la expulsión de más de 200.000 serbios⁷ que se refugiaron en Bosnia-Herzegovina y Serbia (Veiga, 2009, pág. 136). Seguidamente, la aviación de la OTAN bombardeaba las posiciones serbias en Bosnia mientras desplazaba al ejército croata hacia el flanco occidental. Ante la ofensiva por tierra y aire, las tropas serbias de Bosnia aceptaron un alto el fuego el 12 de octubre de 1995. En noviembre de aquel año, los líderes de las tres antiguas repúblicas yugoslavas implicados en la guerra de Bosnia, Milosevic, Tudjman e Izetbegovic, se sentaban a una mesa negociadora en la base militar norteamericana de Dayton, Ohio. Significativamente, el líder de los serbios de Bosnia, Radovan Karadzic, no fue invitado a las negociaciones y fue forzado por Belgrado a aceptar el acuerdo logrado.

Los **acuerdos de Dayton** preservaron la soberanía y la integridad del territorio, pero a costa de aceptar una superficial estructura federal bajo el gobierno de un poder central muy débil. A efectos prácticos, y a pesar de establecer la existencia de dos entidades muy diferenciadas: la **Federación Croata-bosnia** y la **República de los bosnios de Serbia**, lo que se hacía era dividir la antigua república yugoslava en tres regiones étnicamente diferenciadas que tendrían de una amplísima autonomía. Para garantizar la paz y los acuerdos, un contingente militar de 60.000 hombres, bajo el mando de la OTAN (IFOR) relevaría a las fuerzas de interposición de las Naciones Unidas (UNPROFOR). Los acuerdos serían un éxito porque detuvieron la guerra, pero a pesar de evitar la rotura del territorio, sancionaban *de facto* las ganancias militares de los serbios de Bosnia y la limpieza étnica practicada, mientras aceptaban la práctica imposibilidad de un proceso de reconciliación entre las tres etnias del nuevo país.

Cuando la comunidad internacional creía que había conseguido poner fin a las guerras yugoslavas y valoraba con satisfacción el éxito que había supuesto el hecho de haber evitado que los enfrentamientos balcánicos traspasaran las fronteras yugoslavas y contagiaran territorios vecinos, un nuevo brote de violencia proveniente de los Balcanes ocupó las páginas centrales de la prensa mundial. En septiembre de 1998, la mayoría albanesa de **Kosovo**, una de las dos provincias autónomas que conformaban la República de Serbia, se levantaba en armas contra la política de represión serbia en la región, provocando graves enfrentamientos entre las dos comunidades, con el saldo de varios centenares de muertos y cerca de 200.000 desplazados. La pesadilla de la guerra y la limpieza étnica volvía a tronar en las conciencias de la opinión pública internacional, y otra vez Serbia y Milosevic parecían ser los responsables. De hecho, se trataba de un rebrote de violencia, puesto que Kosovo fue la última de las guerras yugoslavas pero la primera cronológicamente, ya que fue allí donde Milosevic empezó a implementar sus políticas populistas y ultranacionalistas que lo llevaron al poder.

⁽⁷⁾Una limpieza étnica en toda regla, seguida por la destrucción del 73% de los edificios de la minoría serbia, además de los 14.000 muertos directos que el enfrentamiento provocó. Con todo, las barbaridades croatas quedaron tapadas por las atrocidades cometidas por los serbios de Bosnia, debidamente denunciadas por Madeleine Albright en las Naciones Unidas para justificar la ejecución del plan norteamericano.

Rotura del territorio

Solo se hubiera podido evitar la partición del país en áreas étnicamente homogéneas promoviendo el regreso de los miles de refugiados que la guerra había provocado, hecho que hubiera obligado a desplazar un inmenso contingente de tropas de la OTAN para proteger el regreso de población refugiada a regiones hostiles. Unos costes que ningún miembro de la Alianza Atlántica estaba dispuesto a pagar.

Kosovo

Kosovo era considerada por Serbia como la cuna de su cultura y, a pesar de que la mayor parte de la población serbia había abandonado el territorio, era considerada por las elites serbias como algo irrenunciable. Las políticas ultranacionalistas de Milosevic empezaron con el cierre de la Asamblea Kosovar y con la implementación de políticas destinadas a beneficiar a las comunidades serbias por encima de las albanesas. Durante la guerra de Bosnia, Kosovo fue el destino prioritario de los serbios expulsados de Krajina por el ejército croata a partir de 1995, incrementando así los choques entre la comunidad serbia y la albanesa. La política ultranacionalista y xenófoba de Milosevic fue condenada por la ONU el 31 de marzo de 1998.

En este caso, la comunidad internacional, escarmentada por la experiencia en Bosnia-Herzegovina, fue mucho menos contemplativa y, desde finales de 1998, imprimía una fuerte presión diplomática sobre Milosevic, mientras la OTAN preparaba planes de contingencia para el bombardeo de la exrepública yugoslava si no se avenía a rebajar las tensiones y reconducir la situación diplomáticamente. A principios de 1999, las negociaciones entre Serbia y la EAK (Ejército de Liberación de Kosovo) en Rambouillet, patrocinadas por Francia y Gran Bretaña y bajo la atenta mirada de Estados Unidos, se encallaban por la negativa serbia a la presencia de un contingente militar de interposición de la OTAN y a un posible referéndum futuro sobre la independencia de Kosovo, y por la negativa de la EAK de entregar las armas y reconducir su resistencia armada por vías democráticas. El fracaso de las negociaciones comportó un aumento de la escalada bélica en la región.

A diferencia de Bosnia, el ejército serbio se enfrentaba aquí a una guerrilla fuertemente armada gracias a una extensa red de abastecimiento de armas que mantenía sus bases de operaciones en Albania, el Estado vecino que un año antes se había hundido, víctima de la mala digestión de una transición acelerada desde una dictadura estalinista extrema hacia un régimen ultraliberal y del ascenso de numerosos grupos mafiosos autóctonos que, ante la carencia de una autoridad central legítima, empezaron a practicar una orquestada depredación del Estado y sus recursos. Con todo, Milosevic no se asustó y aumentó la presencia militar serbia en Kosovo iniciando varios asaltos sobre poblaciones albanokosovares, provocando la muerte y la fuga de civiles, en una reedición de las prácticas de limpieza étnica aplicadas por los serbios de Bosnia sobre las poblaciones musulmanas.

Ante la escalada bélica, la comunidad internacional trató de intervenir a través de las Naciones Unidas. Pero muy pronto se comprobó que Rusia bloquearía, con su capacidad de veto al Consejo de Seguridad, cualquier medida de fuerza contra Serbia.

En este escenario, Europa occidental y Estados Unidos decidieron intervenir al margen de la ONU, asumiendo el riesgo que presentaba una acción de estas características por el hecho de que contravenía el derecho internacional más básico.

Ciertamente, la intervención occidental en Kosovo presentaba algunos problemas de coherencia y de legalidad.

- Por un lado, apoyar a los albanokosovares implicaba asumir la posibilidad de que se produjera una secesión de una parte del territorio serbio, hecho que era exactamente lo contrario de lo que se había querido evitar en el caso de Bosnia, donde la premisa de no romper el territorio había cimentado los acuerdos de Dayton. Además, aceptar una posible independencia

de Kosovo implicaba asumir que se asentaba un peligroso precedente de secesión política, hecho que generaba bastante incomodidad en los Estados-nación, en especial en aquellos plurinacionales.

- Por otro lado, una acción al margen de las Naciones Unidas implicaba prescindir de aquellos aspectos de la legalidad internacional que obstaculizaban la decisión de intervenir, fundamentalmente el de no injerencia en los asuntos de un Estado soberano. Todo ello, además de los problemas derivados de activar una institución, la OTAN, como brazo armado de la voluntad de Occidente, que de hecho había sido creada como una alianza defensiva para responder al ataque externo sobre uno de sus miembros. Paradójicamente, la primera y única intervención a gran escala bajo bandera de la OTAN se produciría sobre un territorio de un Estado no miembro y una vez finalizada la guerra fría.

Ante los sucesivos fracasos en la mesa de negociaciones impulsada por el llamado Grupo de Contacto (Gran Bretaña, Francia, Alemania, Rusia y Estados Unidos) para encontrar puntos de acuerdo entre el EAK y el Gobierno serbio y la continuación de los enfrentamientos sobre el terreno, el 24 de marzo de 1999 la OTAN lanzaba una intensa campaña de bombardeos aéreos sobre las unidades militares serbias destacadas en Kosovo y las estacionadas en Serbia, así como sobre todos aquellos objetivos serbios considerados de alto valor estratégico por el mando de la OTAN.

Ejemplo

Centros de control, refinerías, rutas de abastecimiento, etc.

Los ataques aéreos finalizaron el 10 de junio, cuando el Gobierno serbio aceptó retirar todas las tropas y el personal civil destacado en Kosovo y permitió el desplazamiento de una fuerza terrestre de la OTAN, la cual se encargaría de verificar la retirada y ayudar al regreso de casi 750.000 refugiados albanokosovares que habían sido expulsados de su territorio.

Las consecuencias de la guerra de Kosovo no se acabarían aquí. Un año más tarde, Milosevic pagaría en las urnas su derrota en Kosovo y sería despojado del poder después de que fracasara su intento de mantenerse como jefe del Gobierno, anulando los claros resultados en favor de su contrincante Kostunica. En junio del 2001, era detenido por la policía serbia y conducido ante el Tribunal Penal Internacional para la Antigua Yugoslavia, acusado de crímenes contra la humanidad. Por su parte, Kosovo sería reconstruida gracias al esfuerzo económico y logístico de la Unión Europea (junto con numerosas ONG) hasta la aceptación mayoritaria de su independencia, en febrero del 2008.

Como en el caso de Bosnia, la Unión Europea pasaría a ser la principal administradora de la posguerra asumiendo las principales cargas financieras de la reconstrucción. Una vez más, había quedado patente la incapacidad de Europa de liderar una respuesta firme y unitaria frente a las amenazas, aunque es-

tas surgieran del mismo corazón de Europa. Una vez más era Estados Unidos quien había tomado el liderazgo de la orientación y resolución de las crisis europeas.

Paradójicamente, mientras Europa era capaz de embarcarse en un ambicioso proyecto de unificación económica y política que acabaría acogiendo a más de una veintena de países, se mostraba permanentemente incapaz de establecer una política de defensa y seguridad común a la altura de su extraordinaria capacidad económica.

En cualquier caso, pese a ir con diez años de retraso, parecía que Europa empezaba a poner orden en su “patio de atrás”.

3. Oriente Próximo

3.1. Israel-Palestina. Esperanzas de reconciliación truncadas

El fin de la guerra fría y el resultado de la guerra del Golfo de 1991 contribuyeron a modular y consolidar una serie de cambios que había empezado a sufrir la región de **Oriente Próximo** desde finales de los años ochenta, configurando un escenario regional renovado, que despertó las esperanzas de abordar de una vez por todas el **principal conflicto de la región**: el que enfrentaba al **Estado de Israel** y al **pueblo palestino**, en concreto, y a **Israel** y al **mundo árabe**, en general. Un conflicto de muy larga duración, que contaminaba las relaciones de todos los actores de la región y dificultaba la gestión eficaz de los asuntos que surgían en esta área geopolítica.

En el ámbito internacional, el fin del orden bipolar modificó los intereses geopolíticos de la Unión Soviética en la región. Por otro lado, el éxito en la gestión coordinada de la crisis del Golfo de 1991, entre la URSS y Estados Unidos, también contribuyó a modificar el papel de la URSS (y después Rusia) en la región, facilitando una progresiva convergencia de intereses con los norteamericanos en la estabilización de la región. En el marco de estos cambios, la URSS/Rusia empezó a presionar a Siria y a la Organización para la Liberación de Palestina (OAP) para que abandonaran la lucha armada y buscaran un acuerdo negociado con Israel.

Por su parte, Estados Unidos supo leer los cambios en el escenario internacional y regional y su presidente, George H. Bush, se mostró más decidido que sus antecesores a la hora de buscar un acuerdo marco para la región que, garantizando la seguridad del Estado de Israel, avanzara en el reconocimiento de los derechos del pueblo palestino sobre los territorios ocupados. La pésima imagen pública que había ganado el Estado de Israel a raíz de la violenta respuesta a la primera **intifada** palestina en 1988; el regreso de Egipto a la Liga Árabe –expulsado en 1978– para firmar un acuerdo de paz y de reconocimiento mutuo con Israel después de la conocida como guerra de Yom Kipur; el fin de la guerra entre Irán e Irak, después de ocho años de sangriento enfrentamiento, y la estrecha alianza lograda con las principales monarquías del Golfo durante la crisis derivada de la invasión de Kuwait configuraban un escenario nuevo que permitía tantear un acuerdo multilateral que superara la situación de parálisis de los años ochenta.

Desde esta perspectiva, y aprovechando la exitosa gestión de la guerra del Golfo, la Administración Bush buscó un acuerdo entre los Estados árabes e Israel, que serviría de marco para estabilizar la región y facilitar un posterior acuerdo con los palestinos.

Después de una intensa ronda de contactos con las principales cancillerías de Oriente Próximo, se celebraba la **Conferencia de Madrid** en octubre de 1991. Pese a los exiguos resultados de la conferencia, esta supuso el primer encuentro frente a frente entre los líderes árabes e Israel desde los acuerdos de Camp David de 1978, que sellaron la paz entre Egipto y el Estado de Israel, y la primera que se conseguía entre los representantes israelíes y los palestinos.

Si bien estos contactos representaban un avance respecto a la situación inmediatamente anterior, había que resolver algunos problemas procedimentales para que se pudiera avanzar en un acuerdo de paz perdurable. El más importante era dar un papel a la OAP en las negociaciones, que había quedado al margen de la Conferencia de Madrid por la oposición israelí a considerarla una interlocutora válida (Israel consideraba la OAP como una organización terrorista y, por lo tanto, ilegítima). Esta oposición israelí se vio reforzada por el pésimo movimiento estratégico que la organización presidida por Arafat realizó durante la guerra del Golfo, cuando se sitúa junto al dirigente iraquí, provocando el enojo del resto de países árabes (con excepción de Siria) que habían abrazado a la coalición norteamericana y, en consecuencia, el cese de la mayoría de las vías de financiación de la OAP. Tampoco ayudaba mucho en las negociaciones la posición extrema de los representantes israelíes que seguían las directrices del Gobierno ultraconservador de Yitzhak Shamir, de quien la política de mano de hierro contra la ontifada palestina estaba dejando por tierra la imagen pública internacional del Estado israelí.

Por suerte, el año 1992 trajo algunos cambios que favorecieron el nuevo escenario de reconciliación nacional. Por un lado, Siria entendió que su posición relativa en el tablero de Oriente Próximo había cambiado, la URSS ya no la necesitaba como punta de lanza de su estrategia en contra de los norteamericanos en la región, ni estaba dispuesta a mantenerla financieramente como antes. Siria asumió que había llegado la hora de negociar con Israel, bajo el **principio de “paz por territorio”**, el regreso de los **Altos del Golán**. Por otro lado, en Israel, las elecciones presidenciales de este año significaron un cambio radical en la postura israelí respecto a los palestinos. La victoria de la coalición liderada por el laborista Yitzhak Rabin, después de quince años de gobierno conservador, supuso un fuerte impulso al proceso comenzado por los norteamericanos. Rabin, como gesto de buena voluntad, detuvo la expansión de los asentamientos judíos en Cisjordania y expresó un firme interés en explorar vías para la resolución del conflicto con los palestinos.

Conferencia de Madrid

A la Conferencia de Madrid se desplazaron dos delegaciones palestinas; una de ellas, conectada con la OAP, se encontraba en el seno de la delegación de Jordania; la otra estaba conformada por dirigentes no vinculados a la organización de Arafat, sino que eran líderes locales desplazados a Madrid como representantes de los palestinos de los territorios ocupados.

En el bando palestino también se habían producido movimientos. Por un lado, la OAP entendió que la voluntad israelí, mostrada en la Conferencia de Madrid y en su continuación en Washington en 1993, de negociar separadamente con cada Estado árabe podía dejarla al margen, sacrificada en favor de los intereses individuales de cada uno de aquellos Estados. Por otro lado, el ascenso en la Franja de Gaza y en Cisjordania del grupo Hamás discutía la autoridad y la eficacia de la estrategia de la OAP en los territorios ocupados.

Los cambios en el campo israelí y palestino provocaron una convergencia de intereses que facilitó el acercamiento de los dos bandos.

- Los israelíes temerosos del ascenso de Hamás ahora veían a la OAP como el sector moderado del movimiento palestino; además, el enquistamiento de la situación en los territorios ocupados con la extensión de la intifada palestina hacía evidente la inviabilidad de un Estado israelí lleno de población palestina sin un acuerdo que ofreciera seguridad a cambio de reconocimiento, lo que se conoce con el eslogan “paz por territorios”.
- En cuanto a Arafat, la pérdida de autoridad en los territorios ocupados en dura competencia con Hamás, la necesidad de recuperar las vías de financiación perdidas a raíz del posicionamiento en la guerra del Golfo y la necesidad del reconocimiento por parte de Israel como interlocutor principal para poder liderar un futuro proceso de paz, decantaron la decisión de la OAP de acercarse al nuevo Gobierno israelí.

En 1993, saltaba a las portadas de los principales periódicos internacionales la noticia de un principio de acuerdo entre palestinos e israelíes, negociado en secreto en Noruega por pequeñas delegaciones de los dos bandos.

La conocida como “Declaración de Principios” u “Oslo I” recogía el reconocimiento del Estado de Israel y la renuncia al uso de la violencia por parte de los palestinos a cambio del reconocimiento, por parte de Israel, de la OAP como representante oficial del pueblo palestino.

Además, Oslo I contenía una **hoja de ruta** para las posteriores negociaciones en torno al futuro político de la Franja de Gaza y de Cisjordania. La firma pública de esta declaración se hizo en Washington, bajo los auspicios de Bill Clinton. El histórico apretón de manos entre Arafat y Rabin significaba un giro copernicano a un conflicto de más de medio siglo de duración y abría las puertas a la esperanza de una definitiva reconciliación. La comunidad internacional así lo mostraba, aplaudiendo la adjudicación por parte de la Academia Sueca del Premio Nobel de la Paz a Rabin, Arafat y al ministro de Exteriores israelí Shimon Peres en 1994, como artífices de la colocación de la primera piedra para una futura paz.

Grupo Hamás

Hamás se beneficiaba de una generosa financiación, proveniente de Irán, con la que supo articular una habilidosa red de instituciones benéficas y educativas que suplían al Estado en un territorio devastado por la política de ocupación israelí. Progresivamente, ganó la consideración de una población palestina exhausta por la ocupación y que empezaba a mirar con desconfianza la estrategia política de la OAP.

A la estela de Oslo I, **Jordania** también negoció acuerdos con el Estado de Israel, hecho que ayudó a dar una dimensión regional al proceso emprendido en Noruega. La aceptación de las demandas jordanas por parte de Israel –acceso al agua del río Jordán y el derecho exclusivo a la protección de los lugares sagrados musulmanes de Jerusalén– facilitaron el acuerdo.

El único Estado que obstaculizó este proceso fue **Siria**. Las dificultades para llegar a un acuerdo satisfactorio respecto al estratégico enclave conocido como Altos del Golán, territorio ocupado por los israelíes a finales de la guerra de los Seis Días en 1967, dificultaba las negociaciones entre los dos Estados.

Las conversaciones entre Israel y Siria siempre se estancaban en el mismo punto: la demanda siria de una salida total de Israel del Golán se topaba con la demanda israelí, la cual condicionaba todo movimiento a un compromiso sirio con la reducción de los ataques terroristas sobre territorio israelí provenientes del Líbano (en general, atribuibles a Hezbolá), Estado controlado *de facto* por el régimen sirio.

A pesar de Siria, los avances logrados para la pacificación de la región eran extraordinarios y las perspectivas de una paz futura y definitiva, esperanzadoras. Con todo, solo estábamos al inicio del proceso y el camino prometía ser pedregoso. De hecho, los primeros acuerdos, tanto Oslo I como el posterior Oslo II de 1995, preveían un proceso progresivo de asunción de poder por parte de la OAP con la toma de control de la Franja de Gaza, así como de algunas de las ciudades palestinas más importantes de Cisjordania y sus entornos inmediatos. Pero lo cierto es que los negociadores de los dos bandos habían dejado para futuras negociaciones aquellos aspectos que preveían que presentarían mayores dificultades de acuerdo y que son, precisamente, los que hacen encallar una y otra vez, todavía hoy, el fin del proceso de paz, esto es:

- el futuro de los asentamientos judíos ubicados en territorio palestino;
- el estatus de Jerusalén, capital reclamada por los dos bandos, y
- el estatus de los miles de refugiados palestinos expulsados con la ocupación israelí, hoy en día repartidos en seis Estados vecinos, y que aspiran a volver algún día a su lugar de origen (en algunos casos, dentro de las fronteras del actual Estado de Israel).

Los acuerdos de Oslo II

Los acuerdos de Oslo II otorgaron a la OAP el control total de un 4% de Cisjordania y el control parcial (Israel mantenía una presencia de seguridad) sobre otro 23%. Este territorio incluía las áreas más densamente pobladas, con cerca de dos tercios de la población palestina de Cisjordania.

Además de estas dificultades objetivas, **había otros factores desestabilizadores**. Los extremistas de los dos bandos se dedicaron a hacer todo lo posible para contribuir al descarrilamiento del incipiente proceso de paz.

Los **ultraortodoxos israelíes**, disconformes con el proceso de transferencia de poder y control de territorio a la OAP, acusaron a Rabin de entregar el Israel bíblico al enemigo y, en una manifestación en contra del proceso de paz, un extremista israelí mató a Rabin el 4 de noviembre de 1995.

Por su parte, en el sector palestino, **Hamás** orquestó, en la primavera de 1996, una serie de atentados terroristas en varias ciudades judías que acabaron con la vida de cerca de 60 israelíes, haciendo aumentar la presión sobre Arafat y Peres (quien heredó el Gobierno laborista después del asesinato de Rabin) acusados de ser incapaces de mantener el orden y la seguridad en sus respectivos bandos.

Con todo, **Peres** y Arafat consiguieron a principios de 1996 establecer dos elementos claves para el futuro de la región:

- la renuncia por parte de la OAP (reforzada por el triunfo electoral de Arafat, que logró una confortable mayoría en el Consejo Legislativo Palestino) de las cláusulas que clamaban por la destrucción de Israel; y
- la aceptación sin precedentes, por parte del Estado de Israel, del derecho de los palestinos a la creación de un Estado propio.

Pero la presión extremista pronto se cobraría una nueva víctima. En la primavera de 1996, Simon Peres perdía las elecciones en favor del candidato del Likud **Benjamin Netanyahu**, ferviente opositor a los acuerdos de Oslo, por 30.000 votos. Los laboristas fueron incapaces de resistir el pánico provocado por los atentados de Hamás y la dura oposición de los partidos de la extrema derecha israelí al proceso de paz puesto en marcha.

Desde las primeras horas, el nuevo primer ministro denunció los acuerdos de Oslo y los subsiguientes acuerdos, rehusó aceptar un Estado palestino y anunció que Jerusalén sería la capital eterna e indivisible de Israel.

Además, Netanyahu cambió las políticas de Rabin que simbólicamente habían representado una fuerte apuesta por el proceso de paz, en especial, el fin de la congelación de la expansión de los asentamientos judíos en territorio ocupado. Con el nuevo Gobierno del Likud, el número de colonos en territorio ocupado escaló hasta los 150.000.

La situación del conflicto parecía volver a finales de los ochenta. Los esfuerzos de la comunidad internacional, en especial de la Administración Clinton, para evitar congelar el proceso de paz y buscar nuevos compromisos entre los dos bandos fueron infructuosos. La poca predisposición a profundizar en el pro-

ceso de Netanyahu estaba reforzada por los halcones del Likud y de los partidos ultrarreligiosos que apoyaban al Gobierno. Por otro lado, Hamás continuó con su estrategia sanguinaria, multiplicando el número de bombas suicidas en territorio israelí, hecho que complicaba todavía más el proceso, puesto que añadía argumentos a la posición de Netanyahu a la hora de no hacer concesiones, al tiempo que mostraba, a ojos de Israel, la incapacidad de Arafat de controlar los elementos más violentos de su bando.

La situación de parálisis pareció cambiar cuando, en las elecciones israelíes de 1999, el Partido Laborista consiguió lograr el poder y situar a su candidato **Ehud Barack** en la Presidencia del Gobierno. Barack, como Rabin, era un héroe de guerra condecorado y, por lo tanto, con los requisitos de patriotismo indispensables para poder adoptar una postura más valiente, de más riesgo, en el proceso de negociación con los palestinos. Sobre todo, en un momento en el que se hacía evidente que se tenían que abordar aquellos aspectos más sensibles que habían sido aplazados en los primeros acuerdos de principios y mediados de los noventa.

Muy pronto, Barack mostró que su Presidencia sería opuesta a la de Netanyahu. Retomó la salida de tropas israelíes de Cisjordania que había suspendido su antecesor y acordó con Arafat retomar las conversaciones para “el estatus final” (último estadio de la hoja de ruta de los acuerdos de Oslo que Peres no pudo abordar y que Netanyahu abortó). La comunidad internacional respondió con celeridad al nuevo escenario y Clinton invitó a los dos dirigentes a la residencia presidencial de Camp David, en julio del 2000, con el objetivo de lograr unos acuerdos definitivos sobre la situación final de las dos comunidades enfrentadas.

En Camp David, **Ehud Barack** se presentó con una **generosa propuesta de partición**, que incluía la plena soberanía de Palestina sobre el 90% de Cisjordania, así como sobre los barrios musulmanes y cristianos de Jerusalén.

Arafat, sin embargo, en vez de presentar una contrapropuesta, se enroscó en la exigencia de la plena soberanía sobre todas las secciones de Jerusalén que habían sido conquistadas por Israel en 1967, así como el “derecho de regreso” de todos los refugiados palestinos de la guerra de 1948.

Planteadas de este modo, las demandas palestinas eran inasumibles para Barack. Las secciones que Arafat reclamaba de Jerusalén incluían el Muro de las Lamentaciones, espacio sagrado para los judíos e innegociable para cualquier representante israelí; por otro lado, admitir el regreso de los refugiados pales-

tinios sin restricciones supondría la pérdida de la mayoría demográfica de los judíos en su propio Estado. La cumbre de Camp David, después de dos semanas de intensas negociaciones, acabó en **un sonoro fracaso**.

La situación se envenenó más con un incidente aparentemente trivial que se produjo en septiembre del 2000. **Ariel Sharon**, un político conservador israelí acusado por los palestinos de ser uno de los responsables de la masacre de refugiados palestinos en el sur del Líbano en 1982, decidió aumentar su popularidad **paseándose por la Explanada de las Mezquitas**, uno de los lugares más sagrados del judaísmo, pero también del islam, puesto que es donde se encuentra la Mezquita de Al-Aqsa, el tercer lugar sagrado en importancia del mundo musulmán (después de La Meca y Medina). La presencia de Sharon en la Explanada fue interpretada como una provocación por parte de la juventud palestina. Los ánimos se encendieron y los jóvenes palestinos asaltaron a los judíos que rondaban el Muro de las Lamentaciones. La intervención de las fuerzas de seguridad israelíes no se hizo esperar y los enfrentamientos acabaron con numerosos palestinos muertos o heridos. La escalada de violencia no se detuvo. Tiradores palestinos asesinaban a civiles judíos mientras el ejército israelí mataba a militantes palestinos y asaltaba con tanques y helicópteros las sedes de la Autoridad Nacional Palestina como represalia a la incapacidad de Arafat y sus fuerzas de ordenar la situación en el bando palestino.

Las esperanzas de paz saltaban por los aires. La acción de Sharon había provocado los peores enfrentamientos desde finales de los ochenta. Había vuelto a encender el bando palestino, que había respondido con el levantamiento de una **nueva “intifada”**. En el bando judío, el nuevo brote de violencia activaba el miedo del pueblo israelí y volvía a situar el deseo de seguridad como principal prioridad de la población. Los enfrentamientos y la carencia de información de las concesiones que Barack había ofrecido a Arafat provocaron un nuevo giro electoral en febrero del 2001, otorgando la victoria a una nueva coalición conservadora liderada por Ariel Sharon.

Con Sharon en el poder, Israel intentó por todos los medios parar el levantamiento palestino, y a la intifada y a las bombas suicidas palestinas contrapuso duras represalias militares. La nueva Administración norteamericana de **George W. Bush** parecía abrazar las tesis más extremistas de los conservadores israelíes y apoyaban las duras medidas represivas de Sharon.

El proceso de paz iniciado en Oslo parecía muerto. La decisión de Sharon, en el 2002, de **levantar un muro** que separara físicamente las dos comunidades parecía enterrar definitivamente las esperanzas de una reconciliación pacífica.

El levantamiento del muro

El principal argumento para justificar el levantamiento del muro, según Sharon, sería la necesidad de impermeabilizar Israel de las infiltraciones de potenciales suicidas palesti-

nos. La construcción del muro ha significado, por otro lado, la pérdida de centenares de kilómetros cuadrados del territorio reclamado por los palestinos como propio, dada la voluntad israelí de integrar, detrás de este muro, una parte sustancial de los asentamientos judíos en territorio ocupado. Una muestra más de la política de hechos consumados que ha aplicado la derecha israelí durante todos estos años.

El décimo aniversario de la firma de los históricos acuerdos de Oslo no admitía ningún tipo de celebración. Solo la **muerte de Yasser Arafat**, en noviembre del 2004, que llevaría a una nueva generación de negociadores palestinos encabezados por **Mahmoud Abbas** (Abu Mazen), daría aires nuevos, aunque débiles, a una negociación moribunda.

3.2. El ascenso del Irán post-Jomeini

La muerte del ayatolá Seyyed Ruhollah Musavi **Jomeini**, en junio de 1989, marcó un punto de inflexión en la evolución emprendida por Irán desde el triunfo de la revolución. La nueva generación de dirigentes, encabezada por el ayatolá **Ali Khamenei**, que sustituyó a Jomeini como líder supremo, y por Hashemi Rafsanjani, que sustituyó al primero como presidente del Gobierno, abandonaron la deriva altamente ideologizada del Gobierno de Jomeini para abrazar unas **políticas más pragmáticas y menos estrictas** en relación con las libertades civiles y las expresiones culturales de la sociedad iraní. El nuevo Gobierno abandonó también la obsesión jomeiniana por lograr la purificación de la sociedad iraní a través de la aplicación estricta de la ley islámica y del bloqueo de cualquier influencia externa (especialmente occidental), para concentrarse en la reconstrucción del país después de ocho años de cruenta guerra contra Irak y en el desarrollo económico de un país con un inmenso potencial.

La reelección de Rafsanjani como jefe de Gobierno en 1993 parecía indicar que las fuerzas moderadas habían tomado la preeminencia en el vasto país persa, en detrimento de aquellos que abrazaban posturas más extremistas. Esta sensación aumentó con la elección, en 1997, del clérigo reformista Mohammed Khatami como sucesor de Rafsanjani a la cabeza del Gobierno iraní, con casi el 70% del voto emitido.

Con un programa que apelaba a los jóvenes, las mujeres y otros grupos sometidos a las restricciones culturales y de derechos civiles, Khatami impulsaba políticas aperturistas que desafiaban a la autoridad del consejo de clérigos encabezado por el líder supremo Khamenei, a la vez que reclamaba una paulatina mejora de las relaciones con Occidente, absolutamente rotas desde la revolución de 1979.

La reelección de Khatami en el 2002 parecía consolidar la vía reformista en detrimento de la vieja guardia heredera de Jomeini.

Pero el contexto internacional no ayudó al camino emprendido por los reformadores iraníes.

Yasser Arafat

Desde la perspectiva israelí, Yasser Arafat había dejado de ser parte de la solución, para convertirse en una parte, especialmente enquistada, del problema. Israel consideraba a Arafat responsable, por acción u omisión, de la escalada de violencia del bando palestino, no solo de la que provenía de Hamás, sino también de la que predicaban la Yihad Islámica y los mártires de Al-Aqsa.

La intervención norteamericana en Afganistán en el 2001 y en Irak en el 2003, y la deriva ideológica de la Administración Bush después de los ataques terroristas al corazón de Estados Unidos en septiembre del 2001, modificaron la posición geopolítica de Irán en la región y en el mundo, incitando la voluntad de los sectores conservadores de recuperar el control de la deriva del país.

El hecho de que Estados Unidos hubiera situado tropas al este y oeste del país, y George W. Bush –en su discurso sobre el estado de la nación del 2002– situara a Irán junto a Irak y Corea del Norte en el que fue bautizado con el mediático nombre de “eje del mal”, como principales amenazas a la estabilidad mundial, provocó la reacción del clero iraní más conservador. Con una enérgica campaña que perseguía extender su influencia en el país y el uso de todos los resortes de poder que todavía poseían, bloquearon las propuestas reformistas de Khatami, censuraron la prensa más cercana a las tesis aperturistas y descalificaron a la mayor parte de candidatos reformistas que se presentaron a las elecciones del 2005, haciendo casi imposible una derrota del candidato conservador, defensor de las tesis más extremistas del Consejo de Guardianes de la revolución, Mahmoud Ahmadinejad.

Discurso de George W. Bush sobre el estado de la nación del 2002

“[...] But some governments will be timid in the face of terror. And make no mistake about it: If they do not act, America will. [Applause].

Our second goal is to prevent regimes that sponsor terror from threatening America or our friends and allies with weapons of mass destruction. Some of these regimes have been pretty quiet since September the 11th. But we know their true nature. North Korea is a regime arming with missiles and weapons of mass destruction, while starving its citizens.

Iran aggressively pursues these weapons and exports terror, while an unelected few repress the Iranian people's hope for freedom.

Iraq continues to flaunt its hostility toward America and to support terror. The Iraqi regime has plotted to develop anthrax, and nerve gas, and nuclear weapons for over a decade. This is a regime that has already used poison gas to murder thousands of its own citizens – leaving the bodies of mothers huddled over their dead children. This is a regime that agreed to international inspections – then kicked out the inspectors. This is a regime that has something to hide from the civilized world.

States like these, and their terrorist allies, constitute an axis of evil, arming to threaten the peace of the world. By seeking weapons of mass destruction, these regimes pose a grave and growing danger. They could provide these arms to terrorists, giving them the means to match their hatred. They could attack our allies or attempt to blackmail the United States. In any of these cases, the price of indifference would be catastrophic. [...]”.

<http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2002/01/20020129-11.html>.

Con **Ahmadinejad**, los sectores fundamentalistas del régimen volvían a controlar todas las estructuras de poder del país.

La apuesta por una hegemonía regional, por parte de los nuevos hombres fuertes del Estado iraní, provenía de una lectura de las posibilidades que ofrecía el nuevo escenario regional, después del fin de la guerra fría y de la intervención de Estados Unidos en Oriente Próximo y Asia Central, así como de una valoración de la postura de la nueva Administración norteamericana respecto al Estado iraní, percibida fuertemente hostil por parte del régimen. La comunidad internacional se dio cuenta muy pronto de que la estrategia para el logro de una posición hegemónica en la región por parte de Irán pasaba por el desarrollo de **un amplio programa nuclear**, que no se ceñiría exclusivamente a finalidades civiles.

Como firmante del **Tratado de no Proliferación Nuclear** (TNP), Irán estaba obligado a abrir sus centros de desarrollo nuclear a las inspecciones de la AIEA (Agencia Internacional de la Energía Atómica). La insatisfacción de los inspectores de la AIEA respecto a la colaboración iraní en el esclarecimiento del alcance de su programa nuclear arrojaron las sospechas occidentales de que Irán estaba desarrollando un programa encubierto de armamento nuclear. Las diversas pruebas iraníes con nuevos misiles balísticos capaces de llegar hasta territorio de los dos principales aliados norteamericanos en la región, Israel y Arabia Saudí, no hicieron más que confirmar las sospechas de la comunidad internacional. Solo había que saber en qué punto del desarrollo del programa nuclear con fines militares se encontraba Irán, para poder deducir el tiempo que le faltaba para disponer de un dispositivo nuclear.

Para los *hardliners* iraníes, el programa nuclear iraní perseguía tres objetivos claros:

- convertirse en un elemento de disuasión contra una eventual intervención norteamericana contra Irán,
- lograr un equilibrio de poder con el otro Estado nuclear de la región: Israel, y
- convertirse, gracias a la obtención de armamento nuclear, en un actor de primer nivel en esta región geopolítica.

Para Occidente, un eventual desarrollo de armamento atómico iraní se percibía como profundamente desestabilizador: por un lado, porque la posición relativa de algunas potencias de la región se vería modificada por el ascenso de Irán al club de potencias nucleares y esto podría llevar a una nueva carrera nuclear entre aquellas potencias que, con la nueva situación, se vieran amenazadas para no poder contraponer un armamento de las mismas características, como Arabia Saudí o Irak, así como por aquellas que, disponiendo de armamento nuclear, quisieran asegurar su superioridad respecto al nuevo armamento iraní: caso de Israel o Pakistán. Además, Occidente temía que, dadas

Intervención norteamericana contra Irán

Si se observa la actuación de Estados Unidos frente a dos de los tres países incluidos en el "eje del mal", se puede llegar a la conclusión de que aquel de los dos que dispone de armamento nuclear, Corea del Norte, no ha sufrido una intervención militar directa, sino que los intereses norteamericanos se han vehiculado a través de misiones diplomáticas o por medio de sistemas de embargo más o menos exitosos, mientras que aquel país que no disponía de armamento nuclear ha sufrido una ocupación de la totalidad de su territorio. La lectura de los halcones iraníes, siguiendo el hilo de esta reflexión, fue clara.

las vinculaciones de Irán con grupos terroristas reconocidos, como Hezbolá, se pudieran producir escapes de material nuclear desde los complejos militares iraníes hacia grupos terroristas.

La posibilidad de que grupos terroristas pudieran acceder y emplear armas de destrucción masiva contra las ciudades europeas o norteamericanas (en una reproducción a gran escala del atentado del 11-S) se convirtió en una de las principales pesadillas de las cancillerías occidentales a principios del siglo XXI.

Estados Unidos, inmerso en **las operaciones de Irak y Afganistán**, resistió las presiones israelíes para intervenir preventivamente contra las instalaciones iraníes sospechosas de desarrollar el programa militar nuclear y, adoptando un perfil bajo, cedieron el protagonismo negociador al grupo europeo, denominado EU-3, con representantes de Gran Bretaña, Francia y Alemania, que buscaría una solución diplomática. Desde el 2003, se entró en un proceso negociador recurrente en el que Irán paraba provisionalmente el enriquecimiento de uranio a cambio de incentivos económicos y de seguridad ofrecidos por los europeos, únicamente para retomarlo, alegando desavenencias en los acuerdos logrados por los negociadores.

Este juego del perro y el gato finalizó en el 2006, cuando el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, ante los reiterados incumplimientos iraníes, acordó e impuso **sanciones** a Irán.

A finales del 2007, un informe de la AIEA aseguraba que no se habían encontrado evidencias que demostraran que Irán estaba desarrollando un programa de armas nucleares. Meses más tarde, informes de inteligencia norteamericana aseguraban que Irán había abandonado los programas de enriquecimiento de uranio desde hacía cuatro años. A pesar de que, para algunos de los halcones de Estados Unidos e Israel, estas informaciones no eliminaban sus sospechas, la presión de la comunidad internacional sobre Irán se redujo drásticamente.

4. África: luces y sombras de un continente castigado

Como en otras regiones en el mundo, también en África el fin de la guerra fría tuvo consecuencias políticas profundas. Pero quizás en ningún lugar como en el continente africano se puede observar la doble vertiente que presentó el fin del orden bipolar para la evolución política de muchas de las naciones del planeta. Sí por un lado podemos constatar que en algunos Estados africanos el fin de la guerra fría tuvo efectos benéficos, facilitando la resolución de viejos conflictos que habían jugado un papel estratégico en el enfrentamiento global entre las dos superpotencias (como Suráfrica y en Angola). También hay que remarcar, por otro lado, que el fin del orden bipolar no llevó la paz y la prosperidad por todas partes, puesto que, en algunos casos, supuso la erupción de viejas y ancestrales disputas que habían sido “congeladas” o enterradas bajo el peso de la lógica superior de la guerra fría.

Sin las constricciones impuestas por los intereses de las superpotencias, brotó una violencia étnica, tribal y religiosa que hizo tambalear la integridad territorial de algunos Estados africanos.

Esta renovada violencia vendría a añadir dificultades a un continente castigado, que acumulaba problemas estructurales que frenaban el desarrollo económico y la transición política hacia regímenes representativos. Sin una función clara en el nuevo orden internacional que surgía a finales de la guerra fría, los países occidentales dejaron de ver a África con aquel interés que habían mostrado cuando las tropas cubanas patrullaban las calles de Angola o la armada soviética se avituallaba en los puertos somalíes. A ojos de Occidente, África había **dejado de tener interés estratégico** y la futura gestión de los problemas africanos se dejaría en manos de las misiones de paz y de ayuda humanitaria vehiculadas por las Naciones Unidas, que si bien serían numerosas y generosamente dotadas en los próximos años, nunca se orientarían a solventar los problemas africanos de largo alcance, sino que se centrarían en mitigar o limitar, en el mejor de los casos, las consecuencias inmediatas de la anarquía, la pobreza y la guerra civil.

A lo largo de los años noventa, veremos estallar bastantes conflictos armados en una parte importante de los Estados del continente africano con resultados bien variados (nacimiento de nuevos Estados por la división de uno preexistente, Estados fallidos, acuerdos de paz que pusieron fin a largos enfrentamientos, etc.), pero con una constante: la extrema violencia ejecutada sobre la población civil y las prácticas depredadoras de los recursos existentes sobre el territorio por parte de los bandos enfrentados, como nuevo mecanismo de

financiación de las operaciones bélicas en sustitución de las prácticas clientelares, propias del periodo de la guerra fría, cuando los aliados eran sustentados generosamente por una de las dos superpotencias.

El primer impacto en el mapa africano se produjo en el Cuerno de África, una de las zonas estratégicamente más sensibles durante la guerra fría por el control del acceso al mar Rojo. La retirada soviética y la consecuente reducción del interés estratégico de la región provocaron la pérdida de los privilegios y del apoyo que disfrutaban los regímenes corruptos y represores de **Somalia** y **Etiopía**. Sin el apoyo de sus patrones, los autócratas de Mogadiscio y Adís Abeba fueron incapaces de contener las revueltas internas. En Etiopía, el dictador Mengistu Haile Mariam tuvo que abandonar el poder después de catorce años, a manos de Meles Senawi, líder del Frente Democrático Revolucionario del Pueblo Etíope, quien prometió amplia autonomía a cada uno de los 64 grupos étnicos que conformaban el pueblo de Etiopía. Aprovechando el nuevo Gobierno, la región de Eritrea (antigua colonia italiana federada con Etiopía desde 1952), que había luchado por su independencia desde 1971, pidió un referéndum de independencia, convirtiéndose dos años más tarde en un nuevo Estado africano.

La independencia de Eritrea (además de dejar sin salida al mar a Etiopía, hecho que será objeto de recurrentes futuros enfrentamientos) significaba la primera modificación sustancial del mapa africano poscolonial, contraviniendo los acuerdos logrados en la Organización para la Unidad Africana (OUA), que afirmaban la sacralidad de las fronteras poscoloniales, y establecían un precedente que amenazaba la unidad territorial de otros Estados multiétnicos del continente.

En el caso de Somalia, la evolución fue incluso más traumática. Al fin del dictador Mohammed Siad Barre en enero de 1991 le siguió un enfrentamiento general entre los diversos clanes y subclanes que conformaban la sociedad somalí. Si en Etiopía la variable étnica había tenido una importancia capital para entender su evolución a finales de la guerra fría, en Somalia, la relativa homogeneidad étnica no sirvió de elemento capaz de apaciguar la violencia entre la docena de clanes que buscaban lograr el poder imponiéndose sobre el resto de grupos. Somalia, muy pronto, se convertiría en el modelo de lo que se conocería como “**Estado fallido**”; sin ningún grupo con suficiente fuerza y autoridad como para imponer la ley y el orden, el país se convirtió en un Estado sin Gobierno, en un territorio despedazado en varias zonas controladas por los señores de la guerra, líderes de los diferentes clanes en disputa.

A lo largo de 1992, 400.000 somalíes morían debido a la guerra y al hambre.

Las organizaciones no gubernamentales que iniciaron un amplio programa de ayuda humanitaria en la región eran sistemáticamente asaltadas y saqueadas por los grupos armados o bien conminadas a pagar por una protección a menudo virtual. Las escenas de un país a la deriva sacudieron las conciencias occidentales y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas decretó un embargo de armas que cortara el flujo de armamentos en dirección a los señores de la guerra, y encargaba el establecimiento de un contingente militar llamado UNOSOM (United Nations Operation in Somalia), primero con el objetivo de proteger las caravanas de ayuda humanitaria, pero muy pronto con el mandato de emplear “todos los medios necesarios” para facilitar las operaciones de ayuda a la población civil. La pérdida de vidas norteamericanas en una operación en la capital de Somalia, Mogadiscio, contra uno de los señores de la guerra en 1993 (reproducidas en el film *Black Hawk derribado*, dirigido por Ridley Scott), provocó que el presidente Clinton ordenara la salida del contingente norteamericano de Somalia y restringiera, severamente, toda participación de su país en futuras operaciones de mantenimiento de la paz. En 1995, finalizaba el mandato de la UNOSOM y el país quedaba abandonado a su suerte.

Los efectos del fin de la guerra fría también se hicieron sentir en el vecino **Sudán**, el país más grande de África, que había sido uno de los aliados privilegiados de Estados Unidos. En el nuevo escenario posbipolar, el valor estratégico de Sudán se redujo sustancialmente y la influencia de grupos fundamentalistas islámicos sobre el régimen de Bashir provocó que el antiguo aliado norteamericano redujera el apoyo al régimen y empezara a ver con preocupación su deriva islamista. Por primera vez, desde principios de los ochenta, Estados Unidos receló de la voluntad del régimen sudanés de imponer la sharia islámica sobre las comunidades cristianas y animistas del sur de Sudán, principal semilla de una larga y cruenta guerra que enfrentaba a dos comunidades absolutamente antagónicas. Hasta entonces, había sido considerado un asunto interno de Sudán. A principios de los noventa, Estados Unidos empezó a divisar una nueva amenaza global.

El alejamiento del antiguo aliado norteamericano dio fuerzas renovadas a los grupos opositores al régimen de Bashir. El Ejército Popular de Liberación de Sudán, encabezado por el líder sudista John Garang, aprovechó la nueva coyuntura para recibir el apoyo de Estados Unidos. Estos, cada vez más convencidos de que Bashir patrocinaba el terrorismo internacional de matriz islamista, vehicularon a través de los Estados vecinos de Eritrea, Uganda y Etiopía, un masivo apoyo económico y militar a las fuerzas del sur de Sudán, en su lucha de resistencia a las imposiciones de Jartum.

Sudán

Sudán se opuso a la guerra del Golfo de 1991 alineándose con Irak y Libia. Más tarde ofrecería refugio, protección y apoyo logístico para que Osama Bin Laden levantara campamentos de entrenamiento de militantes islámicos en su territorio.

El renovado enfrentamiento entre el norte y el sur de Sudán finalizó con la firma de un acuerdo de paz en el 2005, que garantizaba el derecho de las comunidades del sur de Sudán a tener un Gobierno autónomo y a una consulta popular sobre la independencia de Sudán del Sur en un horizonte de seis años.

El fin de la guerra fría y los nuevos escenarios de seguridad en el mundo posbipolar habían posibilitado el fin de un conflicto de más de veinte años de duración, que había provocado alrededor de un millón de muertos, 4 millones de refugiados y desplazados y la devastación económica del país. Con todo, Sudán demostraba que la religión podía ser un factor que añadir a la etnicidad, a la lealtad de los clanes y a la identidad regional como potencial amenaza contra la unidad territorial de los Estados multiétnicos y multiconfesionales africanos.

El caso de **Angola** presentaría algunas similitudes con el sudanés. La antigua colonia portuguesa también puso fin a una larga guerra civil a través de un acuerdo de paz integrador que implantaba un incipiente proceso democrático, que tenía el objetivo de superar las viejas disputas entre los bandos enfrentados. Paradójicamente, como en el caso sudanés, solo se consiguió cuando el bando tradicionalmente apoyado por Estados Unidos se dio cuenta de que el escenario había cambiado y de que, en el mundo posbipolar, ya no serían admisibles muchos de los comportamientos del pasado. Como en el caso sudanés (aunque por motivos diferentes), Estados Unidos acabaría apoyando al bando contrario al que habían soportado durante la guerra fría. El MPLA (Movimiento Popular para la Liberación de Angola), que gobernaba desde mediados de los setenta con el apoyo de la Unión Soviética y Cuba, leyó perfectamente la situación de cambio que supuso el fin de la guerra fría y lideró un proceso de acercamiento al bando opositor, la UNITA, que finalizó con la histórica firma de un acuerdo de paz que ponía fin a casi veinte años de enfrentamientos. El acuerdo establecía un alto el fuego para la preparación de las primeras elecciones libres del país desde su independencia, previstas para el otoño de 1992. Hasta las elecciones, las dos facciones acordaban compartir el Gobierno y combinar sus fuerzas militares para convertirse en unas fuerzas armadas nacionales. Las elecciones de septiembre de 1992 otorgaron un 54% de los votos al MPLA, por el 34% de la UNITA. Jonas Savimbi, líder de la UNITA, no aceptó los resultados y, rompiendo los acuerdos logrados, retomó la guerra de guerrillas contra el MPLA.

El escenario, sin embargo, había cambiado, y a pesar de que muy pronto la UNITA logró el control del 75% del territorio angoleño, ya no podría contar con el apoyo incondicional estadounidense. Estados Unidos reconoció el Gobierno surgido de las urnas y cortó todo apoyo a la UNITA, que en aquel momento tuvo que buscar nuevas vías de financiación para mantener viva su revuelta. Como en el caso de los señores de la guerra de Somalia, y en una

Angola

Con todo, desde muy pronto, Angola, como la mayor parte de los países africanos que se situaron en la órbita soviética, había buscado la manera de no depender exclusivamente del apoyo soviético (por otro lado, dificultoso) ni del mercado comunista (COMECON), abriendo su economía a los Estados capitalistas, en busca de inversiones y de socios comerciales para su industria petrolera y minera.

práctica que se volvería recurrente en el continente africano y por todas partes, la UNITA intentó financiarse con la depredación de los recursos minerales del territorio que controlaban, especialmente de las minas de diamantes, que vendían al mercado negro a través de un viejo aliado, Mobutu Sese Seko, presidente de Zaire, que había sido el santuario preeminente (junto con Suráfrica), a través del cual se vehiculaba el apoyo material norteamericano a la UNITA durante la guerra fría.

Las presiones internacionales de las Naciones Unidas y de Estados Unidos consiguieron, finalmente, que en 1994 se firmaran los llamados Acuerdos de Lusaka, por los cuales se establecía un alto el fuego definitivo, se disolvía la UNITA y se restablecía un ejército nacional con elementos de los dos bandos.

Con todo, la manifestación más brutal de los enfrentamientos interétnicos africanos se dio en África Central, en la región de los Grandes Lagos, en concreto en **Ruanda** y en los Estados vecinos de **Burundi** y **Zaire**, los cuales recibieron el impacto directo de las consecuencias del genocidio ruandés. El fin de la guerra fría reactivó las viejas disputas que, desde la independencia de la pequeña colonia belga, mantenían las comunidades hutus y tutsis. Desde 1962, los enfrentamientos habían sido recurrentes entre una mayoría **hutu** que rechazaba la preeminencia **tutsi** decretada por los viejos colonizadores belgas, y una elite tutsi que se negaba a ceder una parte de su poder a la comunidad mayoritaria del Estado ruandés. Pero nunca estos enfrentamientos habían ido tan lejos como los que se produjeron entre las dos comunidades a partir de 1994.

El estallido de las tensiones se produjo en la primavera de 1994, cuando un avión que llevaba a los presidentes de Ruanda y Burundi fue abatido por un atacante no identificado.

La comunidad hutu de Ruanda, de donde provenía Juvenal Habyarimana, inició una serie de razias contra la comunidad tutsi en venganza por la muerte del presidente asesinado. Los enfrentamientos se saldaron con entre 500.000 y 800.000 muertos, fundamentalmente de etnia tutsi, ante la más absoluta pasividad de la comunidad internacional.

La respuesta tutsi no se hizo esperar. El Frente Patriótico Ruandés (FPR)⁸, penetró por el este del país y conquistó en muy poco tiempo grandes porciones de territorio acercándose a la capital, Kigali, que fue tomada en el verano de 1994. Las fuerzas armadas ruandesas se hundieron militarmente, incapaces de mantener la cohesión de sus unidades y de encuadrarlas correctamente, siendo víctimas, también, del miedo de muchos hutus a las represalias tutsis. En poco tiempo, 1,5 millones de refugiados hutus atravesaron las fronteras y se instalaron en varios campos de refugiados en la vecina Zaire, y otros 580.000

⁽⁸⁾ Esencialmente compuesto por los miembros o descendientes de las diversas diásporas tutsis hacia Tanzania, Zaire o Uganda, provocadas por las sucesivas oleadas de violencia hutu desde los años sesenta.

lo hicieron en Tanzania. En el interior mismo de Ruanda, 2 millones de personas se desplazaron por miedo al avance de las tropas del FPR. Muchos de estos desplazados buscaron refugio en la “zona turquesa”, una zona de “protección humanitaria” creada por el ejército francés en 1994, en el triángulo Cyangugu-Kibuye-Gikongoro, en el sudeste de Ruanda, y que alcanzaría una quinta parte del territorio ruandés.

Ciertamente, en su avance por lograr el control total del territorio ruandés, las represalias del FPR sobre la comunidad hutu fueron duras: se persiguió a los participantes en los genocidios y se aprovechó para eliminar toda figura hutu que pudiera articular una potencial oposición al nuevo régimen tutsi. Una vez asegurado el control absoluto sobre el territorio ruandés, y ante las evidencias de que los hutus se reorganizaban en los campos de refugiados de Zaire, el FPR diseñó una estrategia de “defensa preventiva” con tres claros objetivos:

- eliminar los campos de refugiados hutus del Zaire, que servían de santuarios a la renovada guerrilla hutu;
- forzar un cambio en el poder del Zaire con la intención de colocar un Gobierno amigo en Kinshasa que ayudara en la lucha contra los hutus refugiados (el escogido sería el viejo opositor a Mobutu Sese Seko, Laurent Kabila); y
- controlar las explotaciones mineras de las regiones fronterizas del Zaire con Ruanda.

El ataque combinado de los ruandeses del FPR y de las fuerzas del opositor Kabila contra el régimen de Mobutu Sese Seko, durante la guerra fría, uno de los principales aliados occidentales en la región, logra su objetivo en mayo de 1997, con la toma de la capital del Zaire por parte de las tropas de Kabila⁹. El siguiente paso tenía que ser el ataque combinado sobre los campos de refugiados hutus en el norte del Zaire. Pero después de unos meses siguiendo el guion establecido, Kabila se echó atrás y expulsó del país a los asesores militares ruandeses. Ruanda, sintiéndose traicionada, lanzó un ataque, con el apoyo de Uganda, contra Kabila. En este momento, a mediados de 1998, el ataque ruandés contra el Zaire dejó de ser una estrategia exclusivamente orientada hacia la eliminación de las comunidades hutus refugiadas en el Zaire, para convertirse en una gran guerra entre Estados, que muy pronto implicó a ocho países centroafricanos, motivo por el cual **algunos autores la compararon con la Primera Guerra Mundial**. La participación de Angola, Namibia y Zimbabue desde el sur, y del Chad y Sudán desde el norte, en favor de Kabila, buscaba tanto parar el ascenso de Uganda y Ruanda como potencias regionales, como una parte del futuro reparto del pastel congoleño conformado por extraordinarias reservas minerales y petroleras.

⁽⁹⁾Kabila cambiará el nombre del país por el de República Democrática del Congo (RDC), que se mantiene en la actualidad.

Ante la escalada militar, la comunidad internacional, encabezada por Estados Unidos, Francia y Bélgica, empezó a presionar a las partes en conflicto para lograr un alto el fuego que no llegaría hasta el verano de 1999.

En aquel momento, el ex-Zaire era un país sin control, ocupado por hasta cinco ejércitos diferentes y numerosas milicias armadas irregulares. La actitud de Kabila de acumular poder al estilo de su antecesor despertó muchas suspicacias entre sus aliados hasta provocar su asesinato a principios del 2001. Su hijo, Joseph Kabila, lo sustituyó y buscó vías para una solución del conflicto. En verano, las Naciones Unidas aprobaban una resolución conminando a las fuerzas extranjeras a abandonar el país, mientras un Gobierno de transición preparaba el país para sus primeras elecciones libres. En el 2005, se aprobaba por referéndum una nueva constitución y se escogía a Joseph Kabila como presidente del país.

A pesar de que la situación en la RDC estaba lejos de estabilizarse, dada la presencia de grupos armados que controlaban u operaban en pequeñas regiones del vasto territorio de la RDC (tan grande como Europa occidental), los grandes enfrentamientos armados se habían acabado.

El resultado de cinco años de guerra en el ex-Zaire fue estremecedor: 4 millones de muertos y algunos millones más de desplazados, convirtiéndose en el conflicto más sangriento del periodo poscolonial.

Como hemos visto, el fin de la guerra fría tuvo consecuencias desiguales para el continente africano, si bien en algunos casos posibilitó la resolución de conflictos armados característicos del periodo bipolar, como el de Angola o el de Sudán, y en otros contribuyó a desbrozar el camino hacia la reconciliación, como en el caso del fin del régimen de *apartheid* en Sudáfrica. También es cierto que el fin del orden bipolar permitió el avivamiento de viejas tensiones entre comunidades secularmente enfrentadas, que podían resurgir con fuerza después de haber sido sepultadas bajo la lógica superior de los intereses de las dos superpotencias.

Por otro lado, el fin de la guerra fría modificó sustancialmente el interés geoestratégico del continente africano. En el mundo posbipolar, las prioridades y los intereses occidentales estaban cambiando. Occidente orientó todos sus esfuerzos en la liberación y el desarrollo de los Estados de la Europa del Este, mientras que, abrumado por los problemas estructurales africanos, volvió a la tradicional indiferencia que había mostrado hacia África, antes de que esta se convirtiera en un objetivo de expansión para la URSS.

Problemas estructurales africanos

En este sentido, hay que admitir que las debilidades estructurales de los Estados africanos hacían a menudo inviable (y muy costosos) programas de más largo alcance: entre otros, las dificultades por estabilizar Gobiernos con suficiente autoridad para imponerse en la totalidad del territorio; la proliferación de auténticas zonas grises, grandes espacios del territorio controlados por señores de la guerra poco dispuestos a someterse o a favorecer ningún tipo de autoridad central; la existencia de grandes riquezas minerales en el subsuelo africano codiciadas por multitud de actores dispuestos a derramar sangre para controlarlas (sobre este punto, es muy interesante leer el informe que sobre el conflicto en la RDC hacen las Naciones Unidas, donde se acusaba a 29 multinacionales occidentales de haber contribuido al saqueo de los recursos minerales de la RDC y a otras 85 de haber violado las normas de comportamiento empresarial de la OCDE. <http://www.undemocracy.com/s-2002-1146.pdf>); la depredación que de los recursos han hecho los señores de la guerra o grupos militares de otros países (como en el caso de las explotaciones mineras de Zaire controladas por el FPR) para financiar sus operaciones militares; o bien la acumulación de problemas sociales como la extensión del virus del sida en amplias zonas del continente africano...

Solo las brutales masacres en Somalia o Ruanda/RDC consiguieron despertar las conciencias de las poblaciones occidentales y forzar a las administraciones europeas o norteamericanas a tomar cartas en los asuntos africanos. Con todo, la mayor parte de la ayuda hacia África se hizo a través de organizaciones no gubernamentales o de las Naciones Unidas, y raramente la intervención occidental iba más allá de las vías diplomáticas para el establecimiento de débiles altos el fuego o frágiles acuerdos de paz.

5. Asia: un equilibrio de fuerzas cambiante

El ascenso de Asia como región indispensable en el tablero posbipolar ha sido **extraordinario**.

El crecimiento económico experimentado por los países del sudeste asiático, así como de China e India, y su cada vez más firme voluntad de jugar un papel de primer nivel en los asuntos mundiales, está situando al continente asiático en una posición geopolítica sin precedentes en la historia contemporánea.

Como en otras regiones del mundo, el fin de la guerra fría provocó algunos cambios en el orden regional de las potencias asiáticas y modificaciones en los alineamientos geopolíticos que se habían mantenido, con muy pocas variaciones, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Con todo, los años noventa consolidaron algunas tendencias de largo recorrido que ya eran evidentes antes de la caída del Muro de Berlín y que el nuevo escenario internacional, en la mayor parte de los casos, no ha hecho más que reforzar:

- sobre todo el sostenido crecimiento económico (de los países del sudeste asiático y China) que eclosionó en los años ochenta y se consolidó en los noventa, al menos hasta la crisis de 1997,
- así como una estabilidad regional, que posibilitó un periodo de paz en los años noventa, sin precedentes en la región desde los años treinta.

Con todo, es evidente que el elemento clave del ascenso de Asia ha sido el **éxito de China** en su proceso de transición desde una economía planificada hacia una economía de mercado, plenamente integrada en las estructuras económicas mundiales y el mercado internacional.

Partiendo de este éxito, China ha podido ir consolidando, también, una agenda política que la ha convertido en **uno de los actores preponderantes** en el escenario internacional actual, y se divisa también imprescindible en un futuro no demasiado lejano.

El ascenso de China como potencia económica se debe a la combinación exitosa de un reformismo activo económico, encabezado por el sucesor de Mao, **Deng Xiaoping**, con un estricto, a veces violento, control del monopolio del poder político del país.

Comparativamente hablando, China estaba dispuesta a llevar adelante su propia perestroika, único medio a través del cual se podía promover y lograr el desarrollo del país; pero no estaba dispuesta a admitir que había que impulsar también un proceso de glasnost, puesto que esto podría destruir el monopolio de poder que ostentaba el Partido Comunista Chino.

China no admitiría el descontrol que se produjo en la Unión Soviética, fruto de la política de transparencia impulsada por Gorbachov, que si bien había logrado el objetivo de incorporar en el proceso de reformas a las fuerzas populares, al final del camino estas habían deglutido el régimen y lo habían forzado a ir más allá de las aspiraciones iniciales de sus dirigentes, incluso de los más reformistas.

De hecho, el proceso de reforma económica chino y soviético fue bastante similar, a pesar de que el primero fue implementado casi una década antes. Deng, impresionado por el crecimiento económico que experimentaron Taiwán y Corea del Sur, intentó implementar la misma vía de crecimiento orientado a la exportación de esos países a través de una reforma en profundidad de las estructuras de la economía planificada y la adopción de políticas clásicas de fomento de la propiedad privada y de estímulo de la iniciativa privada y el mercado libre, aunque esto contraviniera los preceptos económicos del marxismo-leninismo. Fue una reforma radical que tuvo que hacer frente a las suspicacias que pronto despertaron entre las filas de los defensores de la ortodoxia económica marxista, pero Deng Xiaoping nunca cayó en la tentación de acompañar las reformas económicas con un proceso de liberalización política.

El PCCh

A lo largo de la primera mitad de los años ochenta, el PCCh impulsó varias medidas que revolucionaron el sistema económico chino de los últimos treinta años: dismantelar las granjas colectivas para subdividirlas en unidades familiares y autorizar a los labradores a vender parte de su producción en un mercado abierto para obtener beneficios; desviar el capital inversor de la industria pesada hacia la industria "ligera", hecho que llenaría los mercados de bienes de consumo y permitiría a trabajadores y labradores con mejores salarios comprar estos bienes; descentralizar la producción industrial y otorgar más autoridad y mayor margen de maniobra a los directores de las fábricas, permitiéndoles ser responsables de los resultados de sus industrias; impulsar a los emprendedores para crear pequeños negocios y permitir que se quedaran los beneficios que generaran. En definitiva, se produjo un proceso en el que el Estado chino fue perdiendo el control sobre el aparato productivo, permitiendo la aparición de un mercado libre que sustituiría la planificación centralizada de la producción industrial y agrícola.

El Gobierno de Deng estableció cuatro áreas económicas especiales donde se impulsaron las primeras medidas liberalizadoras y se establecieron **mecanismos de atracción a los capitales inversores**. Se atrajeron firmas extranjeras a las que se ofrecían garantías de privilegios especiales a cambio de asegurar altas producciones de bienes de consumo, orientadas a la exportación a través de empresas de nueva planta mixtas con compañías chinas.

El éxito del modelo fue rotundo e incuestionable. A principios de los noventa, cuando el resto del mundo sufría una fuerte recesión, China crecía una media del 11% entre 1991 y 1993. A finales del 2004, China se convertía en el tercer país comerciante del mundo. En el 2005, se convertía en la sexta economía mundial, superando a Italia, y poco más tarde superaba a Gran Bretaña y Francia, colocándose como la cuarta economía mundial. A finales del 2006, China se convirtió en el país con mayor reserva de divisas del mundo.

China estaba dando pasos acelerados para ser una superpotencia, mientras se convertía en el banquero del mundo, y especialmente de Estados Unidos.

A finales de los ochenta, sin embargo, no eran las cuestiones económicas las que preocupaban a los dirigentes chinos, sino la evolución de los países del antiguo bloque soviético y, en concreto, de la suerte de los partidos comunistas de la Europa del Este. La respuesta a las tensiones europeas por parte de las autoridades chinas fue acelerar las reformas económicas para evitar ser contagiados por la oleada de liberalización política que se extendía por todo el viejo continente. Pero las tensiones políticas llegaron también a China. En 1989, miles de estudiantes chinos se concentraban en **la plaza de Tian'anmen**, exigiendo mayores libertades políticas. Después de unas jornadas de dudas, los *hardliners* chinos decidieron aplastar la revuelta estudiantil: el resultado fue dramático: 1.300 civiles muertos y la persecución y encarcelamiento de la disidencia china.

La comunidad internacional respondió de manera bastante tibia a la masacre de la plaza de Tian'anmen. Si bien las primeras reacciones fueron contundentes –sanciones económicas, recorte o congelación de los programas de ayuda militar o económica que Japón o Estados Unidos tenían suscritos con China o el bloqueo de nuevos fondos para el desarrollo del FMI, etc.–, todas ellas fueron de muy corta duración. Pronto, las tesis que advertían de la posibilidad de perder un fabuloso socio comercial triunfaron en las cancillerías occidentales, y rápidamente, escasamente un año después de Tian'anmen, retomaron las normales relaciones comerciales con China previas a la matanza.

Fue evidente que China disfrutaba de una virtual inmunidad, apoyada en su potencial valor como socio comercial y como destino de grandes inversiones financieras de las principales potencias industriales del mundo.

En paralelo a este fenomenal crecimiento económico, China empieza a desarrollar una política exterior que tendrá la voluntad de construir un **estatus de gran potencia** en el siglo XXI. Los cambios ocasionados en el continente asiático por el fin de la guerra fría ayudaron a Beijín a articular una estrategia de superioridad en la región a través de un mayor gasto militar y de una diplomacia más agresiva en la defensa de sus intereses en la región y en el mundo (tanto en el plano político como económico). La implosión de la URSS provocó que China adquiriera la práctica seguridad militar en Asia, hecho que no pasaba desde 1949. La desaparición de la superpotencia soviética pacificaba definitivamente la frontera sino-soviética y favorecía la reducción y retirada de tropas norteamericanas en la región.

El ascenso de China como gran potencia durante los años noventa y la primera década del siglo XXI la ha convertido en un actor indispensable en la gestión de los asuntos más relevantes de la región: tuvo una destacable contribución a los acuerdos que pusieron fin al **conflicto de Camboya** y ha sido pieza clave en las recurrentes conversaciones con el **régimen de Corea del Norte**, en su reiterado desafío a la seguridad internacional con su programa de desarrollo de armamento nuclear, por ejemplo. Ha aprovechado esta nueva posición en las relaciones internacionales para lograr intereses largamente deseados, como por ejemplo conseguir entrar, de una vez por todas, en la **Organización Mundial del Comercio (OMC)** después de años de veto occidental debido a sus altas ratios tarifarias y al escaso respeto que la industria china demostraba por los derechos de propiedad intelectual (sobre todo, en el ámbito de la tecnología). Esta nueva posición en el escenario internacional le ha permitido mantener, sin muchas dificultades, sus intereses comerciales y económicos con regímenes como Sudán e Irán, con quien ha firmado contratos destinados a asegurarse las materias primeras indispensables para el mantenimiento de su crecimiento económico, a resguardo de las presiones occidentales, incluso en situaciones de extrema crisis internacional, como las transgresiones iraníes en el campo nuclear o el comportamiento del Gobierno de Jartum en Darfur.

Obviamente, la extensión de los intereses estratégicos y económicos chinos en el ámbito regional y global ha provocado la aparición de **algunas tensiones** entre China y **Estados Unidos**. En el ámbito regional, China ha ido incrementado la presión sobre el controvertido estatus político de la isla de **Taiwán**, territorio reclamado por la República Popular China desde 1949 y uno de los principales aliados y protegidos de Estados Unidos en la región. Los planes norteamericanos de construir un paraguas antimisiles en el sudeste asiático, el cual ofreciera cobertura a Japón, Taiwán, Singapur y Corea del Sur, reduciendo la eficacia de la amenaza nuclear china, no han ayudado a reducir la tensión en la zona. En el ámbito internacional, las estrechas relaciones de las autoridades chinas con el régimen iraní han preocupado profundamente a Estados Unidos, no solo porque rompían el aislamiento internacional al que los norte-

La desaparición de la superpotencia soviética

Desaparecida la URSS, muchos norteamericanos se preguntaron sobre la pertenencia de mantener un fuerte y costoso destacamento militar en Extremo Oriente para proteger a unos aliados que no hacían ningún esfuerzo por incrementar su propia potencia militar y que, mediante políticas comerciales proteccionistas, promovían y mantenían un superávit comercial con Estados Unidos (especialmente, Japón). Es a principios de los años noventa del siglo pasado cuando los norteamericanos clausuran la base naval de Subic Bay, en Filipinas, principal centro logístico de la VII Flota, hecho que parecía marcar el cambio en las prioridades norteamericanas en la región: la economía por encima de las cuestiones de seguridad.

americanos quisieron someter al régimen de los ayatolás, sino porque durante un tiempo Estados Unidos temió que el régimen de Beijín proporcionara materiales y conocimientos a Irán para el desarrollo de su programa nuclear.

Si, como hemos visto, el fin de la guerra fría ayudaba a consolidar el ascenso de China como nueva potencia global, para **Corea del Norte**, el fin del mundo bipolar significaba profundizar en el **aislamiento internacional**, que desde la guerra de Corea sufría el hermético país comunista, solo mitigado por la asistencia soviética y china en los periodos duros del enfrentamiento entre bloques.

La desaparición de la URSS y la transformación de China dejaban a Corea del Norte como un reducto anquilosado, sin grandes apoyos políticos y sin los subsidios económicos que, en el pasado, habían permitido aligerar un poco los penosos niveles de vida de una población sistemáticamente sometida a todo tipo de penurias por un régimen atroz e inmovilista.

A principios de los años noventa, en parte por un cálculo estratégico, en parte por una creciente sensación de inseguridad ante el nuevo escenario internacional, Corea del Norte acelera su programa nuclear. Las sospechas que, desde mediados de los ochenta, tenían los servicios secretos occidentales sobre un programa encubierto de desarrollo de armamento nuclear parecían confirmarse cuando Pyongyang denegó la entrada de los inspectores de la IAEA, a pesar de estar obligado como signatario del Tratado de no Proliferación Nuclear¹⁰.

⁽¹⁰⁾NPT, por sus siglas en inglés, *non-proliferation treaty*.

Muy pronto Estados Unidos lideró la presión internacional contra el régimen de Corea del Norte, temeroso de las consecuencias que el éxito del programa nuclear de Pyongyang pudiera tener sobre dos de sus principales protegidos de la región: Corea del Sur y Japón. Las presiones norteamericanas llegan a la ONU, donde Washington plantea la necesidad de imponer sanciones económicas y comerciales a Corea del Norte. Las tensiones en la región aumentan dramáticamente, hasta el punto de inflexión que supone la muerte, en julio de 1994, de Kim Jong Il, el líder comunista que había guiado con mano de hierro los destinos de Corea del Norte desde 1948. Lo sustituye su hijo, Kim Il Sung, que retoma las negociaciones con Estados Unidos, logrando un acuerdo el otoño de aquel mismo año. El acuerdo establece el cierre de la central nuclear y el permiso de acceso de los inspectores de la IAEA, a cambio de un suficiente abastecimiento de combustible garantizado por Estados Unidos en compensación por la pérdida de capacidad energética derivada del cierre de la central nuclear.

Pese al acuerdo, la opacidad del régimen de Corea del Norte mantiene vivas las sospechas occidentales. La dificultad con que se encuentran los inspectores de la IAEA para desarrollar su trabajo abonan las sospechas de los servicios secre-

tos occidentales, convencidos de que el régimen de Pyongyang no ha cancelado completamente su programa nuclear. Washington exige la total libertad de los inspectores para inspeccionar áreas sospechosas de alojar equipamientos nucleares y amenaza con romper los acuerdos logrados. Corea del Norte responde con el lanzamiento de misiles balísticos sobre territorio japonés el 31 de agosto de 1998.

Corea del Norte no estaba dispuesta a deshacerse tan fácilmente de la última carta de poder que le quedaba en el escenario internacional. Incapaz de modernizar su tejido productivo, sin la ayuda de los viejos aliados durante la guerra fría (China y Rusia dejan de subvencionar a Corea del Norte y exigen que los intercambios comerciales se paguen a precio de mercado internacional) y contraria a un proceso de apertura económica y política como había hecho el resto de países de la órbita comunista, solo le queda jugar la carta nuclear para mantener una posición política fuerte en un escenario regional cambiante y conseguir beneficios económicos que mitiguen la depauperada economía del país.

Ante la escalada de las tensiones, Washington entiende que tiene que abrir el marco de las negociaciones incorporando a la mesa negociadora a Corea del Sur y China.

Las conversaciones a cuatro parecen reconducir la situación y abren un periodo esplendoroso de relaciones entre las dos Coreas, que se articula en torno a programas de ayuda económica y comercial y que llega a su cumbre en el año 2000, con la visita del primer ministro de Corea del Sur a Pyongyang, hecho histórico sin precedentes.

La situación sufre un giro cuando la Administración Bush, cansada de jugar al escondite con el régimen norcoreano y su programa nuclear, se planta y exige mayores niveles de transparencia para las inspecciones. Pyongyang responde expulsando a los inspectores y abandonando formalmente el NPT en enero del 2003. Desde entonces, el régimen ha continuado jugando la carta nuclear cuando ha considerado que podía extraer concesiones económicas o de seguridad: de China y Corea del Sur, asistencia financiera para su extenuada economía, y de Estados Unidos un acuerdo que garantice su seguridad ante un eventual ataque norteamericano, sobre todo después de ser colocado por Bush en “el eje del mal”.

El fin de la guerra fría contribuyó, como en el caso de Corea del Norte, a añadir un punto de incertidumbre e inestabilidad al principal aliado de Occidente y Estados Unidos en la región, Japón. El país que había sido la envidia del mundo por su extraordinario crecimiento económico después de la Segunda Guerra Mundial, hasta convertirse en la segunda economía del mundo, sufría una grave recesión económica, que empezaba a generar graves problemas en el

interior de la jerarquizada sociedad japonesa. El fin del orden bipolar y los reajustes estratégicos que le siguieron aumentaron los niveles de incertidumbre del país, añadiendo elementos de tensión exterior a la crítica situación interior, debido a la ambivalente relación establecida con Estados Unidos: aliados políticos y rivales económicos.

Desde la perspectiva norteamericana, una vez finalizada la guerra fría, había que preguntarse si se tenían que mantener los extraordinarios costes económicos que suponía garantizar la seguridad de sus aliados en Extremo Oriente. Más si algunos de sus aliados, especialmente Japón, se negaban a ampliar sus fuerzas armadas y a hacerse cargo de una parte más grande del pastel de su seguridad. Y más todavía si este aliado era uno de los más fabulosos rivales comerciales que mantenía unos superávits comerciales con Estados Unidos sostenidos por prácticas comerciales “irregulares” (facilidades en la exportación y fuertes aranceles a la importación, que impedían la entrada de productos norteamericanos).

Desde la perspectiva japonesa, el país no podía renunciar, en una situación de grave recesión económica, a un sector económico tan dinámico como el exportador, aunque esto pudiera encender un poco los ánimos de su aliado norteamericano. Por otro lado, después de la traumática experiencia de la Segunda Guerra Mundial, era muy difícil para la sociedad japonesa aceptar un cambio en la estrategia de no intervención militar exterior y en la renuncia a jugar un papel de potencia militar en la región. Ciertamente, el ascenso chino y los cambios en los equilibrios de fuerzas en Extremo Oriente preocupaba a los países del sudeste asiático y a Japón en particular, pero la sociedad japonesa no estaba dispuesta a alejarse mucho de la vieja receta que el primer ministro Yoshida articuló en los años cincuenta:

- limitación de fuerzas militares,
- estrecha alianza con Estados Unidos, y
- concentración en la expansión económica.

Con todo, el ascenso de China como potencia regional y el aumento sustancial de su gasto militar, así como la deriva nuclear de Corea del Norte, hicieron que Estados Unidos se replanteara su intención de reducir la presencia militar en la región. Del mismo modo, los cambios en China y la agresiva escalada nuclear coreana, que se concretó en varios lanzamientos de misiles balísticos cerca del territorio japonés en 1998 y a principios del siglo XXI, obligaron a reafirmar la alianza estratégica con Estados Unidos.

Japón

Como en el caso de Europa, Japón dejaba en manos norteamericanas la defensa estratégica de la región y de sus intereses. En general, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, Japón no gastaba más del 1% del PIB en sus fuerzas de defensa. Hasta 1992, no se retocó la ley que impedía desplazar contingentes armados fuera de territorio japonés.

Ya en 1996, Tokio reafirmaba el Tratado de Seguridad con Estados Unidos, aceptando asumir un mayor porcentaje de los costes de mantener las fuerzas militares norteamericanas en su territorio; a partir de ahora se haría cargo del 70% del gasto, además de comprometerse a apoyar logísticamente a su aliado en una eventual intervención de Estados Unidos en Extremo Oriente.

Con el fin de siglo, Japón asumió que tenía que optar por una postura más asertiva y romper con algunos de los viejos tabúes de su política exterior. Aceptó enviar tropas (las fuerzas de autodefensa japonesas) en operaciones de reconstrucción y mantenimiento de la paz bajo mandato de las Naciones Unidas en Timor oriental y el sur de Irak. También aceptó participar en el proyecto norteamericano que pretendía desarrollar un escudo antimisiles que protegiera toda la región del sudeste asiático y Japón: a finales del 2007, se desplazaba a Japón el primer barco equipado con los sistemas de defensa contra misiles balísticos totalmente operativos. Esta nueva política estratégica de Tokio generó algunas quejas y cierta ansiedad entre las elites militares chinas. Aparentemente, parecía que Beijín y Tokio querían volver a jugar un papel de grandes potencias. Con todo, y a pesar de algunas manifestaciones públicas orientadas a mostrar la firmeza y el músculo militar, los dos países continuaron siendo para el otro el socio comercial más importante.

5.1. Tensiones en Asia del Sur

Si, como hemos visto, en el este y sudeste asiático el fin de la guerra fría había llevado a un periodo de relativa paz y estabilidad, en el caso de la región del sur de Asia la implosión de la URSS y su desaparición como actor principal en esta área provocó un profundo realineamiento geopolítico de las dos potencias del subcontinente indio: **la India y Pakistán**. Estos dos países habían estado peleándose desde su independencia en 1947, sobre todo a raíz de la controvertida situación de la región del **Cachemira**, territorio indio en el que es mayoritaria la población musulmana.

La rivalidad entre la India y Pakistán, sin embargo, fue más allá de la disputa por la pequeña región del norte de India. Durante la guerra fría, los dos Estados se situaron en bandos opuestos: Pakistán se alió con Estados Unidos y China, para oponerse a la influencia de la URSS en la región (alianza que se reforzó enormemente con la invasión soviética de Afganistán), mientras que, por el contrario, la India, temerosa del ascenso chino, y en reacción con el alineamiento paquistaní, se convirtió en el principal aliado soviético en el subcontinente. El hecho de que los dos Estados iniciaran una **abierta carrera armamentística** para lograr armamento nuclear hizo temer a la comunidad

La India y Pakistán

Estos dos países son el resultado de la independencia de la India británica. Después de muchos debates, se decidió crear dos Estados que tenían que acoger las dos principales religiones del subcontinente indio: la musulmana y la hindú. Se buscó la homogeneización religiosa de los dos Estados resultantes como vía para resolver los graves conflictos que se habían producido entre las dos comunidades durante el proceso de independencia de la corona británica. La partición provocó el éxodo de casi 2 millones de personas, que cambiaron de territorio en 1947, dejando en el proceso el recuerdo de las atrocidades cometidas por parte de los dos bandos que alimentaron durante años las disputas entre las dos comunidades.

internacional que lo que había empezado como una rivalidad regional pudiera convertirse, dadas sus contrapuestas alianzas, en un conflicto internacional que acabara enfrentando a Estados Unidos con la URSS.

El fin de la guerra fría y la salida de la URSS de Afganistán cambiarían radicalmente el escenario en el sur de Asia.

Pakistán decidió jugar la carta islámica y ocupar el vacío de poder que había dejado la URSS en el vecino Afganistán, al tiempo que se acercaba a otros Estados musulmanes (como Irán y las nuevas repúblicas de Asia Central), mudando su política antisoviética por una proislámica.

Esta decisión lo alienó de sus dos principales aliados: Estados Unidos y China. La doctrina del fundamentalismo islámico que Islamabad pregonaba prometía desestabilizar a los aliados norteamericanos en Oriente Próximo y en la provincia china de Sinkiang, de población predominantemente musulmana.

Por su parte, **la India**, que se había quedado sin su tradicional aliado en la región, leyó los cambios producidos por la reorientación estratégica de Pakistán e inició una aproximación a Estados Unidos.

La preocupación compartida por la deriva nuclear paquistaní, combinada con un renovado islamismo transfronterizo, junto con la renuncia india a un sistema económico estatista que abriera las puertas a una mayor capacidad de la iniciativa privada y a la abolición de las restricciones a la inversión extranjera, facilitó un clima de entendimiento entre Estados Unidos y la India, que se concretó en una más estrecha colaboración naval y militar entre los dos países desde principios de los años noventa.

Este realineamiento estratégico, sin embargo, no modificó en nada la deriva de las disputas entre los dos países. De hecho, la carrera por la obtención de armamento nuclear continuó sin grandes cambios hasta su cumbre, en mayo de 1998, cuando la India realizó cinco pruebas nucleares subterráneas, que fueron contestadas por dos paquistaníes un mes después. El club de los Estados con capacidad nuclear había sido ampliado con dos nuevos miembros. El rechazo internacional a la proliferación nuclear no se hizo esperar y se implementaron algunas sanciones económicas por parte de Estados Unidos y sus aliados occidentales, que tuvieron muy poca incidencia. La evidencia de una escalada nuclear en la región impulsó a los líderes de los dos países a explorar vías de apaciguamiento, como la Declaración de Lahore, que pronto se vieron rotas por nuevos enfrentamientos entre tropas indias y guerrillas musulmanas en la región de Cachemira.

El encubierto programa nuclear paquistaní

Con Estados Unidos, ya habían tenido algunas desavenencias a raíz del desarrollo del encubierto programa nuclear paquistaní, que obligó a Estados Unidos a suspender su extensa ayuda militar a Pakistán a mediados de los años ochenta.

Armamento nuclear

Los dos Estados habían rehusado firmar el Tratado de no Proliferación Nuclear: la India se negaba a firmarlo hasta que no fuera universal y no discriminatorio (esto es, que los cinco Estados que habían declarado poseer armas nucleares acordaran deshacerse de ellas), y Pakistán rechazaba hacerlo alegando la política de su vecino.

Estados Unidos no logró un mayor éxito en su mediación entre los dos Estados cuando las necesidades de una estrecha colaboración de Pakistán en su **guerra contra los talibanes y Al Qaeda**, a raíz de los atentados del 11 de septiembre del 2001 en Washington y Nueva York, los impulsó a implicarse en una política de apaciguamiento. En parte, el fracaso de la empresa norteamericana tenía que ver con el inestable equilibrio que tenían que conseguir entre presionar a Islamabad y lograr su ayuda en el esfuerzo bélico norteamericano en Afganistán.

A pesar de las sospechosas relaciones entre los servicios secretos paquistaníes (ISI) y el régimen talibán de Afganistán, a pesar de la complacencia con que Islamabad trataba las madrazas (las escuelas coránicas situadas en la frontera entre Pakistán y Afganistán, de donde había salido una parte importante de los contingentes que habían llenado las tropas talibanes), a pesar del escaso éxito mostrado por las tropas paquistaníes en el control de la extremadamente permeable frontera afgana, a pesar de las pruebas fehacientes de que el programa nuclear paquistaní había proveído de material y tecnología nuclear a Irán, Corea del Norte, Libia, etc., la necesidad del régimen de Islamabad como indispensable colaborador para el éxito de la campaña afgana hizo que Estados Unidos mantuviera un tipo de “matrimonio de conveniencia” con el régimen paquistaní mientras durara la guerra contra el terror decretada por George W. Bush.

En el 2005, sin embargo, una vez finalizado el grueso de la operación en Afganistán, la Administración Bush firmó un histórico acuerdo con el Gobierno indio, por el cual se comprometía a proveer a la India de tecnología y material nuclear para su industria energética civil.

Consolidando el cambio iniciado después del fin de la guerra fría, la India, la más populosa democracia del mundo, se convertía, a principios del siglo XXI, en uno de los principales aliados estratégicos de Estados Unidos en el continente asiático. En paralelo, Estados Unidos iría aumentando la presión y la vigilancia sobre su antiguo aliado paquistaní por su ambiguo comportamiento respecto al ascenso del fundamentalismo islámico y los grupos terroristas vinculados a la “master franquicia” de Al Qaeda.

6. El 11-S y la guerra global contra el terror

El **11 de septiembre del 2001** tres aviones comerciales (dos de la compañía American Airlines y una de United Airlines) se estrellaban contra las **Torres Gemelas en Nueva York** y contra el **Pentágono en Washington**. Todavía un cuarto avión, que tenía como objetivo impactar contra el Congreso norteamericano, también en Washington, fue detenido por un pasajero, ya entonces conocedor del destino de los otros tres aviones secuestrados, cayendo en el estado de Pensilvania, a unos cuantos kilómetros de su objetivo, matando a todo el pasaje y la tripulación.

El ataque terrorista coordinado era el primero en territorio norteamericano desde la agresión japonesa a Pearl Harbor en 1941. El impacto de la acción terrorista fue, sin embargo, probablemente superior.

Planificado hasta el mínimo detalle, el atentado mostraba las **debilidades de los sistemas de seguridad de las sociedades abiertas** (no se requerían grandes dispositivos armamentísticos, solo emplear la tecnología disponible; los terroristas pudieron entrenarse en instalaciones norteamericanas e incluso convivir con algunos de aquellos contra quienes finalmente atentarían), golpeaba dos de los símbolos del poder norteamericano: el sector financiero y el centro neurálgico del poder militar, y lograba un gran impacto mediático global, ejecutado en una franja horaria que permitía que fuera retransmitido en directo a todo el planeta, especialmente a Occidente.

El impacto sobre la sociedad norteamericana y occidental fue extraordinario. No solo por la excepcionalidad y la virulencia de la agresión, sino también por la parálisis y el desconcierto que provocó en todos los estamentos de la vida política norteamericana.

La respuesta inmediata a los atentados, por parte de los servicios de seguridad y del ejército, fue lenta y descoordinada. La incompreensión y un **clima de terror**, solo comparable a los peores momentos de la guerra fría, se instaló en la sociedad norteamericana. La reacción posterior de la Administración Bush fue contundente, controvertida y de largo alcance, tanto en el ámbito doméstico como en la política internacional.

El ejemplo paradigmático de esta parálisis es la imagen del presidente Bush, de visita a una escuela de Sarasota, Florida. Cuando le comunican el segundo impacto de un avión en Washington, y sin saber qué hacer, permaneció inmóvil durante 7 minutos ante los alumnos a quienes tenía que explicar el sistema educativo norteamericano.

En el seno de la sociedad norteamericana, el clima de terror que se instauró facilitó la aceptación de las **medidas excepcionales** que aplicó la Administración Bush y que supusieron un considerable **recorte en los derechos civiles** de los ciudadanos norteamericanos. La conocida como ***Patriot Act*** reforzaba los poderes del presidente de Estados Unidos y ofrecía a su Administración unas posibilidades de invadir ámbitos de la esfera privada de la ciudadanía sin precedentes, a la vez que servía para justificar algunas de las actuaciones más controvertidas de la Administración Bush en su lucha contra el terrorismo de matriz islámica, como fue el entramado penitenciario de **Guantánamo**.

En el ámbito internacional, Estados Unidos dispuso de un crédito moral enorme, desde el día siguiente del atentado terrorista. Y con él, de un amplio margen de movimientos en la escena internacional para responder a la agresión de la manera que considerara más adecuada.

La mayor parte de los miembros de la comunidad internacional condenaron los atentados y ofrecieron su ayuda a Estados Unidos en su respuesta a la agresión terrorista. Ciertamente, no todos los Estados lo hicieron por los mismos motivos: algunos lo hicieron por convencimiento, como los aliados occidentales, que consideraron activar el artículo quinto del Tratado de la Organización del Atlántico Norte (OTAN), que proclama el compromiso de defensa mutua de los miembros de la organización frente a una agresión exterior a uno de sus miembros; y otros por oportunismo: como Rusia o Irán, que leyeron el momento como una oportunidad para conducir su relación con Estados Unidos hacia un escenario más favorable, a la vez que aprovechaban para equiparar los grupos secesionistas que discutían las fronteras rusas e iraníes (chechenos y curdos) a los grupos terroristas vinculados al islamismo radical.

Con el tiempo, este crédito moral iría reduciéndose progresivamente debido a los estrepitosos errores políticos y militares que protagonizaría la Administración Bush en su respuesta global al ataque de Al Qaeda.

UNA vez recibida la agresión y definidos y localizados los agresores, se recuperó la lógica y el discurso de la guerra fría para compactar y preparar a la sociedad norteamericana en una nueva lucha por el estilo de vida occidental. Como afirmó un día después del ataque el presidente Bush:

Respuesta lenta y descoordinada a los atentados del 11-S

Los halcones de la Administración Bush descartaron, de buen comienzo, las advertencias de la CIA y otras agencias de inteligencia norteamericanas en referencia a los riesgos de un ataque terrorista sobre territorio estadounidense. Para los nuevos dirigentes del Pentágono y la Secretaría de Estado de Estados Unidos, el principal peligro al que tenía que hacer frente el país era un ataque balístico o nuclear, hecho que justificaba concentrar los esfuerzos en la construcción de un multimillonario sistema de defensa antimisiles. Más allá de los suculentos contratos para la industria de defensa, la amenaza explícita de Corea del Norte y la preocupación por el emergente programa nuclear chino sirvieron de argumento para reforzar esta apuesta estratégica.

“... deadly attacks which carried out yesterday against our country were more than acts of terror. They were acts of war... Freedom and democracy are under attack. This will be a monumental struggle of good versus evil. But good prevail.”

<http://news.bbc.co.uk/2/hi/americas/1540544.stm>.

Tras dibujar el enfrentamiento, se advertía al mundo que esta era una lucha que se llevaría a cabo en cualquier rincón del planeta y que ningún Estado podía ser neutral ante ella. Rememorando la vieja doctrina Truman, Bush proclamaba nueve días después del ataque:

“Every nation, in every region, now has a decision to make. Either you are with us, or you are with the terrorists. From this day forward, any nation that continues to harbor or support terrorism will be regarded by the United States as a hostile regime.”

<http://edition.cnn.com/2001/us/09/20/gen.bush.transcript/>.

La atmósfera de estado de guerra impulsada por la Administración Bush se benefició también del rebrote de un debate académico que trascendió, entonces, el ámbito científico. Un relato simplista, sesgado y con pocos matices del nuevo mundo posbipolar se popularizó con fuerza a través de los mass media después de los atentados del 11-S, porque, como en el caso del texto de Fukuyama que hemos visto más arriba, parecía que había anticipado la realidad unos años antes del ataque terrorista sobre suelo norteamericano. El politólogo **Samuel P. Huntington** había publicado en 1993, en la revista *Foreign Affairs*, un artículo titulado “The Clash of Civilizations?”, donde afirmaba que las identidades culturales (y religiosas) serían las causantes de los conflictos en un mundo postbipolar:

“It is my hypothesis that the fundamental source of conflict in this new world will not be primarily ideological or primarily economic. The great divisions among humankind and the dominating source of conflict will be cultural. Nations states will remain the most powerful actors in world affairs, but the principal conflicts of global politics will occur between nations and groups of different civilizations. The clash of civilizations will dominate global politics. The fault lines between civilizations will be the battle lines of the future.”

En un creativo ejercicio de simplificación, Huntington agrupaba las múltiples sociedades del mundo en siete u ocho grandes civilizaciones que tendrían que chocar en aquellas regiones del planeta que acogían las fronteras que las separaban:

“Civilization identity will be increasingly important in the future, and the world will be shaped in large measure by the interactions among seven or eight major civilizations. These include Western, Confucian, Japanese, Islamic, Hindu, Slavic-Orthodox, Latin American and possibility African civilizations. The most important conflicts of the future will occur along the cultural fault lines separating these civilizations from one another.”

Después del atentado terrorista en Washington y Nueva York, fue fácil fijar la vista sobre el texto de Huntington para encontrar una explicación sencilla y clara del acontecimiento: **el islam había declarado la guerra a Occidente**. La visión dual y apocalíptica que postulaban las ideas de Huntington ofreció una sencilla respuesta a las preguntas que formulaba la ciudadanía occidental, y facilitaba, sin querer, una cobertura intelectual a la perspectiva maniquea que

Huntington

Unos años más tarde, en 1996, Huntington desarrollaría más ampliamente su tesis en un libro titulado *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*.

Enlace recomendado

S. P. Huntington (1993). “The Clash of Civilizations?”. *Foreign Affairs* (vol. 3, pág. 72). Se puede consultar en línea:
http://www.hks.harvard.edu/fs/pnorris/acrobat/huntington_Clash.pdf.

la Administración Bush había decidido abrazar. La poca solvencia y el escaso rigor que ofrecía la clasificación de civilizaciones diseñada por Huntington, la escasa relevancia que el politólogo norteamericano ofrecía a las clásicas categorías de pobreza y riqueza o de justicia e injusticia como vectores explicativos de los futuros conflictos, eran cuestiones irrelevantes en un escenario prebélico. La Administración Bush, decidida a imponer su voluntad allí donde veía amenazada su seguridad y su preeminencia, aprovecharía este clima de terror, y cualquier argumento que la ayudara, para rehuir de los controles y los filtros que las sociedades abiertas imponen a sus dirigentes.

Se instituía así la guerra global contra el terror (GWOT, en las siglas en inglés), y el primer escenario bélico sería **Afganistán**.

Dado que el régimen talibán de Afganistán se negó a entregar a **Osama Bin Laden**, líder del grupo terrorista llamado Al Qaeda, designado por la Administración Bush como principal ideólogo y responsable del ataque del 11-S, Estados Unidos decidió invadir el estado de Asia Central, con el apoyo más o menos entusiasta de todos sus vecinos que (con excepción de la ambigua posición paquistaní), veían el régimen talibán como una amenaza permanente, y apoyados sobre los grupos resistentes nortños, fundamentalmente los uzbekos del general Dostum y los tayikos del general Masud, que constituían la alianza nortña. En una operación bautizada con el nombre de “Enduring Freedom” (libertad duradera, que contenía una menor carga mesiánica que la primera opción que se elucubró: “Justicia Infinita”), tropas de elite nortamericanas, con el apoyo sobre el terreno del ejército de la Alianza del Norte (y con 100 millones de dólares para sobornar a los líderes de los diferentes clanes que conforman la sociedad afgana), consiguieron controlar el país en pocas semanas, eliminando el régimen talibán e instaurando un presidente pro occidental, que pareció que contaba con la aquiescencia provisional de los principales líderes clánicos del país. Con todo, los principales objetivos de la operación no se lograron: esto es, la captura de los dirigentes de Al Qaeda y del líder talibán mulá Omar.

Pese al fracaso de la operación afgana, la Administración Bush había conseguido mostrar al mundo que **su guerra era global**, que se llevaría a cabo en cualquier rincón del mundo donde hubiera un grupo terrorista y que cualquier Gobierno dispuesto a ofrecer refugio a Al Qaeda o a grupos terroristas afines sufriría la misma suerte que el régimen talibán.

Un año después del 11-S, la Administración Bush daba una vuelta de tuerca más a su guerra contra el terror e instituía una nueva doctrina de seguridad nacional basada en el principio de prevención, según el cual Estados Unidos

Ahmad Sha Masud

Ahmad Sha Masud, conocido como “el león del Panjshir”, fue el líder militar de la Alianza del Norte, la mayor coalición militar resistente al régimen talibán en la región de mayoría tayica nortña de Afganistán, en Panjshir. De gran capacidad militar y muy carismático entre sus hombres, fue asesinado por una célula de Al Qaeda, dos días antes del atentado del 11-S, seguramente con el objetivo de dificultar la respuesta nortamericana en territorio afgano con la decapitación del líder de la principal fuerza militar sobre el terreno, a la vez que se eliminaba, probablemente, al único personaje afgano con suficiente autoridad y legitimidad para liderar un Afganistán posttalibán.

se reservaba el derecho a **atacar de manera preventiva** cualquier Estado que alojara grupos terroristas o tuviera la voluntad de adquirir o poseer armas de destrucción masiva:

“It has taken almost a decade for us to comprehend the true nature of this threat. Given the goals of rogue states and terrorists, the United States can no longer solely rely on a reactive posture as we have in the past. The inability to deter a potential attacker, the immediacy of today’s threats, and the magnitude of potential harm that could be caused by our adversaries’ choice of weapons, do not permit that option. We cannot let our enemies strike first.”

Web recomendada

<http://georgew-bush-whitehouse.archives.gov/nsc/nss/2002/nss5.html>

La deriva unilateralista de Estados Unidos empezaría a asustar incluso a sus aliados tradicionales.

Irak sería el primer banco de pruebas de la nueva doctrina de seguridad nacional. Todavía hoy, son controvertidos los motivos reales que llevaron a Estados Unidos a invadir el país mesopotámico. En todo caso, la justificación que empleó la Administración Bush para convencer a los aliados y la opinión pública mundial fue la reiterada violación de las resoluciones de las Naciones Unidas por parte del régimen de Saddam Hussein a través de la acumulación masiva de armas de destrucción masiva (biológicas y químicas). Para reforzar la posición norteamericana, Washington aseguraba, también, que tenía pruebas de una vinculación directa del régimen de Saddam Hussein con células terroristas de Al Qaeda y, lo que era peor, pruebas sobre los múltiples intentos del régimen baasista para conseguir armamento nuclear, cuya posesión le permitiría romper, definitivamente, el frágil equilibrio de poder en la región de Oriente Próximo. Pero la retórica norteamericana topaba con la realidad.

Argumentos de tipo geoestratégico

A las clásicas explicaciones economicistas que ven en el petróleo la única explicación del intervencionismo norteamericano, se han contrapuesto argumentos de tipo geoestratégico, según los cuales Estados Unidos buscaría presionar a Arabia Saudí (país de procedencia de 15 de los 19 terroristas que participaron en el 11-S, además de cuna de Osama Bin Laden) para que contribuyera a la lucha contra el terrorismo de matriz islamista; o argumentos de carácter idealista, que explicarían la intervención norteamericana para fomentar y expandir los regímenes democráticos en Oriente Próximo; e incluso argumentos de tipo psicológico relacionados con la necesidad de acabar una guerra que había iniciado Bush padre, pero que había dejado sin concluir.

Las continuas visitas a Irak de los inspectores de las Naciones Unidas, que tenían que verificar el cumplimiento de las resoluciones de la ONU a raíz de la primera guerra del Golfo, negaban sistemáticamente las pruebas que argüían los norteamericanos. Los invariables informes negativos de los inspectores ofrecían argumentos sólidos a los viejos contrincantes, que se sentaban en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Rusia y China, para oponerse a las aspiraciones norteamericanas de ofrecer cobertura legal a su operación. También mostraron su reticencia tradicionales aliados occidentales como Francia y Alemania.

Una nueva “relación especial”

Este es el motivo fundamental que explica que la Administración Bush, en boca del secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, empezara a calificar a estos países como “la vieja Europa” en oposición a otra, “nueva”, más tendente a apoyar la nueva política preventi-

va norteamericana (Gran Bretaña, Polonia y... España). Fue en este contexto donde José María Aznar decidió cambiar la tradicional política exterior española, orientada a converger con los países centrales de la Europa continental, por una nueva que significaba alinearse con Washington y Londres, buscando una nueva "relación especial".

Solo Gran Bretaña se posicionó, desde el principio, junto a Estados Unidos. Con todo, durante varios meses, de septiembre del 2002 a marzo del 2003, los norteamericanos intentaron conseguir la cobertura del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para sacar adelante una operación militar, que hoy sabemos que ya estaba decidida y planificada, al menos, desde el 2001.

Ante la persistente oposición de la mayoría del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y de una creciente opinión pública, la cual sospechaba que Estados Unidos estaba construyendo una guerra a partir de pruebas falsas o ambiguas, el 20 de marzo del 2003, sin previa declaración de guerra, Estados Unidos decidió iniciar la invasión de Irak sin cobertura de las Naciones Unidas y con el apoyo, fundamentalmente simbólico, de 34 países¹¹. Pocos días después, el 1 de mayo, las tropas norteamericanas controlaban Bagdad prácticamente sin resistencia y sin tener que lamentar muchas víctimas propias¹². La operación militar había sido un éxito. George W. Bush afirmaba, a bordo del portaviones Abraham Lincoln:

"Major combat operations in Iraq have ended. In the battle of Iraq, the United States and our allies have prevailed."

Ante una pancarta que clamaba con optimismo "Mission Accomplished", el presidente Bush detallaba el programa a seguir:

"We have begun the search for hidden chemical and biological weapons, and already know of hundreds of sites that will be investigated. We are helping to rebuild Iraq, where the dictator built palaces for himself, instead of hospitals and schools for the people. And we will stand with the new leaders of Iraq as they establish a government of, by, and for the Iraqi people". La realidad, sin embargo, volvería a desmentir los deseos del presidente de Estados Unidos.

Muy pronto se demostró que Estados Unidos no tenía un plan para la gestión del país una vez finalizada la invasión. La falta de planificación se juntó con la carencia de legalidad derivadas de la inexistencia de cobertura de las Naciones Unidas. Y estas carencias se juntaron con la de legitimidad que se derivó de la inexistencia de armas de destrucción masiva, pese a la perseverante busca que las nuevas autoridades norteamericanas realizaron en todo el territorio iraquí. Tampoco se pudieron demostrar contactos de la cúpula dirigente del régimen de Saddam Hussein con células de Al Qaeda.

La falta de planificación provocó errores políticos graves, como el desmantelamiento de las estructuras estatales más básicas a través de la "desbaasificación", esto es, la purga indiscriminada de todos los miembros del partido Baas, esqueleto del régimen de Saddam Hussein, que al fin significó la paralización de la administración. En paralelo, la autoridad norteamericana también procedió al adelgazamiento de la policía y a la disolución del ejército, el Ministerio de Defensa y los servicios de información iraquíes, sin disponer de una alternati-

Maquinaria militar

Mientras negociaba en el Consejo de Seguridad, Estados Unidos ponía en marcha su maquinaria militar. En otoño del 2002, el país acumulaba 60.000 hombres en las cercanías de Irak. A principios del 2003, eran 250.000 los soldados destacados en Oriente Próximo.

(11) Solo Gran Bretaña (41.000 hombres) y Australia (2.000) aportaron contingentes militares remarquables.

(12) Según Veiga, las tropas norteamericanas contaban 173 muertos y 540 heridos frente a entre 4.000 y 6.000 muertos del bando iraquí.

Web recomendada

<http://news.bbc.co.uk/2/hi/americas/2994345.stm>.

va capaz de hacerse cargo de las funciones que realizaban las entidades que se disolvían. La paralización y el desgobierno no se hicieron esperar. Incapaces de asegurar un mínimo de orden público (solo contaban con las propias tropas, preparadas para el combate pero no para establecer la orden civil), la situación iraquí fue pudriéndose de manera inexorable. Como afirma Fontana:

“Fue entonces cuando comenzó la auténtica guerra de Irak y cuando la presencia militar norteamericana se transformó en ocupación. La invasión había sido un paseo militar; ahora se iniciaba una combinación de guerra civil entre suníes, chiíes y kurdos, y de una oleada de terrorismo que asociaba a radicales islamistas, miembros de Al-Qaeda, baasistas marginados y toda clase de descontentos con la ocupación norteamericana” (Fontana y Lázaro, 2011, pág. 858).

La poca autoridad moral que quedaba en Estados Unidos saltaba por los aires: ya no quedaban argumentos para defender una intervención que, en lugar de democratizar Irak, lo había sumido en el caos y el desgobierno.

Pero más allá de las dificultades internas, la situación iraquí emitía reverberaciones, también, en el escenario internacional. El comportamiento de Estados Unidos había abierto heridas difíciles de cicatrizar en la comunidad internacional. Más si se demostraba que las argumentaciones que habían sustentado la intervención eran falsas y el resultado de la intervención iraquí, lejos de mejorar la situación de la región, empeoraba por instantes, con serios riesgos de desembocar en una guerra civil abierta y afectar a los países fronterizos con los que compartían filiaciones étnicas. La doctrina de la guerra preventiva ofrecía un peligroso precedente en las relaciones internacionales. A diferencia del caso afgano, Estados Unidos había llevado a cabo una guerra ilegal, apoyada sobre pruebas falsas o manipuladas. En términos del derecho internacional, además, era evidente que había sido una agresión de un Estado sobre otro.

Al final del proceso, Estados Unidos había dilapidado una extraordinaria autoridad moral, era percibido por una parte importante de la comunidad internacional como un *rogue superpower* capaz de utilizar su fabuloso poder de manera espuria y unilateral, al margen de la comunidad y el derecho internacional. El resultado final no podía ser más descorazonador. El comportamiento norteamericano y la intervención en Irak no habían aumentado el poder de Estados Unidos, sino que probablemente lo habían reducido. Tampoco habían hecho más segura la escena internacional. Para algunos observadores, parecía que Estados Unidos estuviera luchando contra el mundo que tanto había contribuido a construir. En su lucha contra el miedo (la principal arma de los terroristas) habían creado un “imperio del miedo”. Parecía que los enemigos tradicionales de Estados Unidos ahora tenían más incentivos que nunca para dotarse de armas nucleares para hacer frente a las potenciales acciones arbitrarias de una superpotencia desatada. Haría falta un extraordinario esfuerzo diplomático y político para hacer cicatrizar las profundas heridas que había abierto la intervención en Irak. Pero para hacerlo haría falta una nueva Administración.

Bibliografía

- Balencie, J. M.** (2001). *Mondes rebelles: guérillas, milices, groupes terroristes*. París: Michalon.
- Balencie, J. M.** (2005). *Les nouveaux mondes rebelles: conflits, terrorisme et contestations*. París: Michalon.
- Baylis, J.** (2001). *The globalization of world politics: an introduction to international relations* (2.ª ed.). Oxford / Nueva York: Oxford University Press.
- Best, A.** (2003). *An international history of the twentieth century*. Londres: Routledge.
- Boniface, P.** (2003). *Le monde contemporain: grandes lignes de partage*. París: Presses universitaires de France.
- Boniface, P.** (2008). *Les relations internationales de 1945 à nos jours* (2.ª ed.). París: Dalloz.
- Bremer, J.** (2007). *El fin de la guerra fría y el salvaje mundo nuevo*. Madrid: Taurus.
- Brzezinski, Z.** (1998). *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Barcelona: Paidós.
- Cooper, R.** (2003). *The breaking of nations: order and chaos in the Twenty-first Century*. Londres: Atlantic Books.
- Cox, M.** (2004, septiembre). "Empire, imperialism and the Bush doctrine". *Review of International Studies* (vol. 4, núm. 30). doi:10.1017/S0260210504006242.
<http://www.journals.cambridge.org/abstract_S0260210504006242>
- Fontana Lázaro, J.** (2011). *Por el bien del imperio: una historia del mundo desde 1945*. Barcelona: Pasado & Presente.
- Halliday, F.** (2000). *The world at 2000*. Londres: Palgrave.
- Huntington, S. P.** (1993, 1 de junio). "The Clash of Civilizations?". *Foreign Affairs*.
<<http://www.foreignaffairs.com/articles/48950/samuel-p-huntington/the-clash-of-civilizations>>
- Huntington, S. P.** (2005). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Editorial Paidós.
- Judt, T.** (2006). *Postguerra. Una Historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus.
- Kagan, R.** (2008). *El retorno de la historia y el fin de los sueños*. Madrid: Taurus.
- Keylor, W.** (2001). *The twentieth-century world: an international history* (4.ª ed.) Nueva York: Oxford University Press.
- Keylor, W.** (2009). *A world of nations: the international order since 1945* (2.ª ed.) Nueva York: Oxford University Press.
- Krasner, S. D.** (2004, octubre). "Sharing Sovereignty: New Institutions for Collapsed and Failing States". *International Security* (vol. 2, núm. 29, págs. 85-120). doi:10.1162/0162288042879940.
- Krauthammer, C.** (1990, 1 de enero). "The Unipolar Moment". *Foreign Affairs* (vol. 1, núm. 70, págs. 23-33). doi:10.2307/20044692.
- Krauthammer, C.** (2002). "The Unipolar Moment Revisited". *National Interest* (núm. 70, págs. 5-17).
- Mearsheimer, J. J.** (1990, julio). "Back to the Future: Instability in Europe after the Cold War". *International Security* (vol. 1, núm. 15, págs. 5-56). doi:10.2307/2538981.
- Nye, J.S.** (2003). *The paradox of American power: why the world's only superpower can't go it alone*. Nueva York / Oxford: Oxford University Press.
- Nye, J. S.** (2002, diciembre). "Limits of American Power". *Political Science Quarterly* (vol. 4, núm. 117, págs. 545-559). doi:10.2307/798134.

Sapir, J. (2008). *Le nouveau XXIe siècle: du siècle "américain" au retour des nations*. París: Éd. du Seuil.

Tuathail, Gearóid Ó. (2006). *The geopolitics reader* (2.ª ed.). Londres / Nueva York: Routledge.

Veiga, F. (2009). *El desequilibrio como orden: una historia de la posguerra fría, 1990-2008*. Madrid: Alianza.

Vilanova, P. (2006). *Orden y desorden a escala global*. Madrid: Síntesis.

Young, J. (2004). *International relations since 1945: a global history*. Oxford / Nueva York: Oxford University Press.